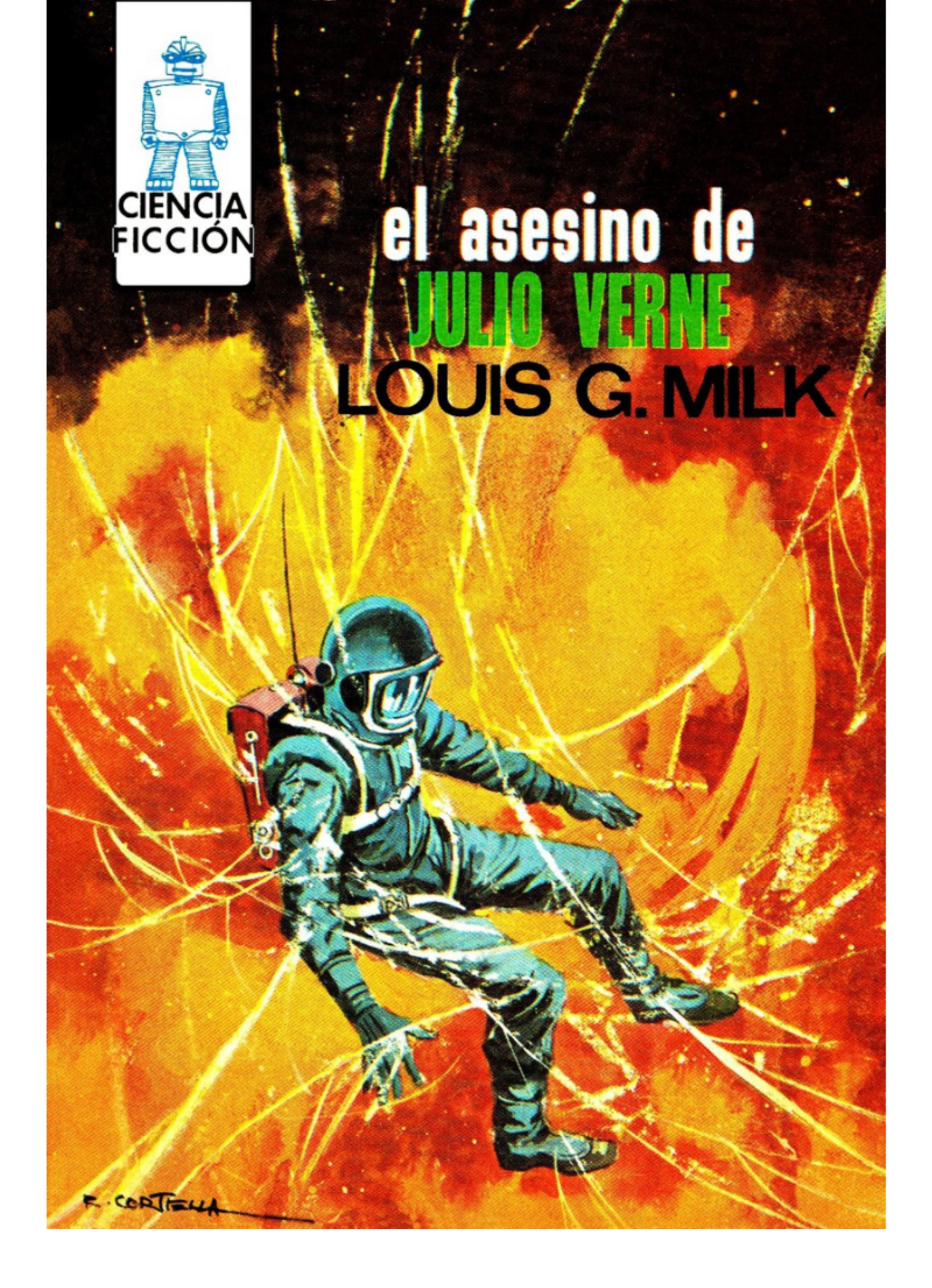

CIENCIA FICCIÓN
el asesino de
JULIO VERNE
LOUIS G. MILK
F. CORTIELLA

**LOUIS G. MILK**

# El asesino de Julio Verne

**Ediciones TORAY**

**Arnaldo de Oms, 51-53**
**Barcelona**

**Dr. Julián Álvarez, 151**
**Buenos Aires**

**Portada: R. CORTIELLA**

Depósito Legal: B. 24.127- 1971

*Printed in Spain - Impreso en España*
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

# CAPÍTULO PRIMERO

La primera explosión pasó inadvertida. En realidad, muy pocas personas la oyeron.

Pero poco después empezaron a oírse enormes crujidos y la superficie del astro empezó a resquebrajarse. El suelo tembló de modo aterrador.

Los temblores de tierra llegaron hasta Capital. Algunas casas se derrumbaron, produciendo las consiguientes víctimas.

La gente se llenó de pánico. Hubo escenas de terror y los histerismos y crisis nerviosas se pusieron a la orden del día.

Nadie sabía a qué achacar aquellos seísmos. Durante años y años, Vorsov había sido un astro seguro, sin rastros de actividades volcánicas y, de repente, el suelo se agitaba.

Los autores de la explosión eran tres. Nunca creyeron que la simple deflagración de unos cuantos cartuchos de «S pólvora» originase semejante catástrofe.

Espantados, trataron de huir. Subieron en el vehículo que los había llevado hasta allí, un automóvil eléctrico, con grandes ruedas tipo balón, «todo terreno», pero en aquel instante se abrió una enorme grieta y el vehículo se precipitó a cientos de metros de profundidad.

En las paredes de la grieta se produjeron derrumbamientos. Rocas que pesaban cientos de toneladas sepultaron al vehículo y a sus ocupantes.

Los ruidos, crujidos y estallidos continuaron oyéndose largo rato. El alcalde de Capital, de acuerdo con las demás autoridades y algunos de los más reputados científicos, despachó un avión con personal idóneo hacia el lugar donde se suponía estaba el epicentro de aquel singular terremoto, que no daba trazas de acabar.

El avión voló a velocidades supersónicas, en la dirección marcada por los registros de los sismógrafos. Cuarenta minutos más tarde, había recorrido unos mil doscientos kilómetros.

Los tripulantes del aparato pudieron presenciar una escena singular.

Un enorme trozo del suelo, de más de treinta kilómetros de largo por veinte de ancho y unos dos de grueso, se elevó lentamente, ascendiendo hacia el espacio. Fragmentos de roca se desprendían a su vez de aquel gigantesco trozo de terreno, cuyo desplazamiento hacia las alturas era un espectáculo único e incomparable, por su misma grandeza.

Había un «cámara» en el avión, quien fotografió sin perder detalle todas las fases de aquel extraño fenómeno. A medida que el trozo de suelo ganaba altura, se fragmentaba más y más hasta que, al fin, a unos cincuenta o sesenta kilómetros sobre la superficie de Vorsov, se convirtió en una serie de trozos de roca que componían un mosaico que se habría asegurado creado por la mente de un desequilibrado.

El «arranque» de aquel fragmento de suelo, que no medía menos de mil kilómetros cúbicos, no se hizo sin consecuencias.

Los temblores de tierra arreciaron. Media población se vino abajo.

Por fortuna, las víctimas fueron pocas en esta ocasión.

Dos factores intervinieron decisivamente en ello: la gente ya estaba fuera de las casas y éstas raramente tenían más de dos pisos. Pero los daños materiales fueron incontables.

Las autoridades informaron más tarde de las posibles causas de

la catástrofe y los científicos trataron de hallar sus orígenes. Muy pocos podían suponerse siquiera las causas verdaderas.

Al cabo de largo tiempo, más de un año, los científicos llegaron a la conclusión de que los asentimientos geológicos del suelo vorsoviano habían concluido y no había que temer, por tanto, más terremotos.

Las heridas físicas estaban ya curadas. Los vivos, sin embargo, tardarían más tiempo en olvidar a los muertos causados por el cataclismo.

La ciudad había sido reconstruida por entero. Era una urbe que sobrepasaba los doscientos mil habitantes, próspera e industriosa. A ella afluían de manera casi constante emigrantes de otros puntos de la Galaxia, pero todos tenían un punto en común: eran terrestres o descendientes de terrestres.

Vorsov era un astro situado en un lugar estratégico del espacio, una encrucijada de órbitas, por la que pasaban la mayoría de las astronaves en viaje hacia otros planetas. Su situación privilegiada en el espacio era, prácticamente, la causa fundamental de su prosperidad.

* * *

— ¡Caramba! — dijo Pierre Mouran.

— ¿Hay motivos para ese «¡caramba!», Pierre? — le preguntó su compañero Alí Shammar.

— Los hay, Alí. La presión ha descendido a novecientos doce milibares.

Shammar silbó.

— Menuda tormenta se acerca — dijo.

— ¿Tú crees? — Mouran se asomó a

la ventana del observatorio meteorológico—. El cielo está limpísimo, sin una sola nube, Alí.

— Ya se ennegrecerá…

— Alí, un descenso de novecientos doce milibares no es corriente, ni ahora ni en cualquier época del año — dijo Mouran—. Voy a llamar al satélite observador número dos a ver qué me dicen.

Shammar se echó a reír.

— ¿A ver o a oír? — preguntó.

— A ver y a oír — contestó Mouran, mientras manejaba los controles de la emisora.

Momentos después, había entablado contacto con el satélite observador.

— Soy Mouran— dijo—. ¿Qué veis desde ahí arriba?

— Nada de particular. Todo parece normal. Hay indicios de borrasca al S.O. de Farhavia, pero eso está a tres mil doscientos kilómetros al S.E. de Capital —le contestaron.

— ¿Por qué no me proyectáis una imagen de la superficie, con Capital como centro? — propuso Mouran.

— Bueno, ahora mismo va.

Shammar había conectado ya la pantalla de televisión, de más de un metro de lado. Las imágenes del suelo, vistas desde el satélite, a unos veinte mil kilómetros de altura, se reflejaban con sorprendente

nitidez.

— ¡Qué extraño! —exclamó Mouran.

— Sí — convino Shammar, que ya se había dejado de bromas—. Una presión demasiado baja para un ambiente normal. ¿Qué será, Pierre?

Mouran se encogió de hombros.

— La presión normal en Vorsov es de unos novecientos treinta y cuatro milibares, al nivel del mar, lo que corresponde a una altitud de dos mil metros, aproximadamente, en la superficie de la Tierra. Un descenso de diez o doce milibares es ya muy alarmante, pero nunca había visto el barómetro tan bajo con un cielo completamente normal.

— Será mejor que avisemos al doctor Estóbiz

— sugirió Shammar.

— Sí, será mejor — admitió Mouran.

* * *

Para Rick Hagg, el viaje espacial no se podía decir que hubiera resultado infructuoso. En la bodega de su astronave transportaba lo que podía considerar como la base de su fortuna.

Hagg tenía motivos para sentirse satisfecho. Su hallazgo le permitiría abandonar un empleo rutinario y con pocas perspectivas. Seguro, eso sí, y con un buen sueldo, pero mortalmente aburrido.

Rick preveía un cambio en su vida. A medida que pasaban las horas, se felicitaba más y más de la idea que había tenido.

Durante años enteros, había ahorrado tenazmente. Ahora se había comprado una pequeña astronave y un equipo completo de prospección geológica, con cuyos elementos había pasado en el espacio las seis semanas de sus vacaciones.

En la bodega llevaba el fruto de aquellos sacrificios. Rick disfrutaba pensando en la cara de sorpresa que pondría su patrón, si se decidía a abandonar el empleo.

— ¿Le volcaré encima el tintero? — sonreía—. ¿O empezaré a dar saltos de simio sobre su mesa de caoba terrestre?

La lámpara que empezó a centellear de pronto en su cuadro de mandos le hizo abandonar rosados pensamientos de desquite. Rick frunció el ceño.

Era una señal de alarma. Rick se había estudiado a conciencia todas las leyes del espacio, antes de obtener su patente de astronauta.

Conectó la radio.

— Ésta es la astronave «Porvenir», al mando del capitán Hagg — dijo pomposamente—. He captado sus señales de alarma. Adelante, le escucho.

— Estoy en un apuro — dijo una voz femenina—. Los propulsores se han obturado y mi nave va a la deriva. Por favor, socórrame.

— Iré en seguida, señora. — El auxilio a los náufragos del espacio era deber imperativo de todo astronauta—. Conecte las señales

de localización, por favor; de este modo, podré detectar su nave en seguida.

— Señales de localización conectadas — dijo la mujer—. ¿Las capta?

— A la perfección. Aguarde un momento, por favor.

Rick consultó pantallas e indicadoras. Al cabo de unos minutos, dijo:

— Tengo localizada su nave, señora. Creo que dentro de sesenta minutos podré abarloar a su costado.

— Esto… capitán Hagg.

— Dígame, señora.

La voz de la mujer era vacilante, irresoluta.

— Me parece que… además, tengo fugas de atmósfera…

— Oh, eso es mucho peor—exclamó Rick—. Póngase el traje espacial inmediatamente.

— Sí, capitán. Oiga, una consulta.

— Usted, dirá, señora.

— Aquí veo una esfera… la tercera por la derecha, segunda fila. La aguja se acerca mucho al rojo. ¿Qué significa eso?

— ¡Rayos! —exclamó Rick—. ¡Señora, sus elementos propulsores han entrado en crisis de inestabilidad y su nave corre peligro de explotar en el espacio! Póngase el traje de

vacío inmediatamente, agarre la caja señalada con el rótulo «NAUFRAGIO», haga girar la llave roja salte al espacio. Hágalo con toda la rapidez posible o no respondo de su vida.

# CAPÍTULO II

Guiado por las señales que emitía la caja de detección, Rick acercó su nave a la figurilla que flotaba en el espacio.

Momentos después, la mujer ponía los pies en el suelo de la compuerta de acceso a la nave. A través de la radio, Rick pudo escuchar una sonoro suspiro de alivio.

La escotilla exterior se cerró y la presión se equilibró en el interior de la compuerta. Un minuto más tarde, Rick abría la escotilla interior.

— El peligro ha pasado, señora — anunció, mientras la ayudaba a despojarse de su traje espacial.

— Gracias, capitán Rick. Todavía no le he dicho mi nombre. Soy Myra Hagg.

El traje de vacío cayó a los pies de la joven.

— Ese nombre me suena, señora — dijo Rick.

— Señorita — puntualizó ella.

— Dispénseme.

Rick recogió las cosas de la joven, mientras la contemplaba de reojo.

Era una hermosa muchacha, de unos veinticuatro o veinticinco

años, alta y de espléndida anatomía, subrayada por el traje azul de una sola pieza que cubría su cuerpo. El pelo era rubio oscuro, corto como el de un muchacho, y los ojos muy azules.

— Venga a la cámara de mando —dijo Rick, tomándola de un brazo—. Tengo café preparado.

— Es una noticia altamente consoladora — contestó Myra de buen humor.

La cámara de mando era, al mismo tiempo, sala de estar. Myra se sentó en un diván curvo y aceptó la humeante taza que le tendía su anfitrión.

— ¡Vaya un café! — dijo ella, después de los primeros sorbos —. ¿Con qué está hecho?

— Le añadí unas gotas de coñac —explicó Rick—. Me pareció que le sentaría bien.

— Lo ha adivinado, capitán. He pasado unos momentos espantosos.

— Me lo imagino. Pero, ¿cómo es que está sola en el espacio?

— Bueno, yo viajaba en una astronave de pasajeros. Usted sabe que, a veces, en el tramo orbital normal del viaje, alquilan botes a personas que quieren disfrutar un poco de la navegación espacial.

— Una costumbre más bien tonta, pero que no voy a discutir. Usted alquiló uno de esos botes.

— Bueno, la idea partió más bien de

mi agente. Dijo que no convenía que yo llegase a Capital-Vorsov con los dos mil ochocientos pasajeros de la nave. Mi llegada en solitario produciría mayor sensación en los medios informativos y en el público.

Rick levantó las cejas.

— ¿Su agente? — se extrañó.

— Artístico — puntualizó Myra.

— ¡Ah, ya...! —De pronto, Rick chasqueó los dedos—. Ahora ya sé quién es usted.

Myra sonrió.

— ¿De veras?

— Sí, usted es Myra Bay, «La Reina de las Serpientes». Baila en el escenario con unas cuantas serpientes como indumentaria.

Ella se sulfuró.

— Usted no me ha visto actuar todavía — dijo—. Llevo siempre algo más de ropa que media docena de reptiles.

— No quise ofenderla, señorita Bay, pero una vez leí en una revista un comentario...

— Era de un periodista despechado — manifestó Myra.

— Seguramente no le quiso conceder una entrevista.

— Quería algo más que una entrevista

de actualidad.

—Ah, entiendo. Bueno, la indumentaria es lo de menos —contestó Rick—. Lo importante es que esté a salvo… pero ¿qué clase de gentuza revisó su nave?

Myra se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea — declaró —. Cuando expresé mis deseos al capitán de la astronave, ordenó preparar el bote… ¡y eso es todo!

—Entiendo. Bien, no se preocupe. Siento que no llegue sola a Vorsov, pero, al menos, llegará segura.

—Lo que no es poco — sonrió Myra —. Pero observo una cosa.

—Dígame, señorita Bay.

—Antes dijo capitán… ¿Dónde está la tripulación?

Rick se echó a reír.

—Soy un poco presumido — confesó —. Estoy solo a bordo, aunque la nave, eso sí, me pertenece legalmente.

—Ah… Ha sido una afortunada coincidencia.

—Indiscutiblemente — Rick recogió la taza vacía—. Ahora mismo avisaré a Capital que la he recogido sana y salva.

—Quizá le he desviado de su ruta, señor Hagg.

—No se preocupe; ya estaba en el viaje de regreso.

* * *

Minutos más tarde, Rick volvió junto a Myra.

La joven estaba en pie, contemplando a través de una de las lucernas el esplendente panorama del espacio.

—Fantástico — calificó a media voz —. Una belleza insuperable.

—Puede asegurarlo, señorita Bay. En pocos sistemas solares se ven cosas tan bellas como en éste.

—Allá abajo, creo, veo a Vorsov — señaló Myra.

—Sí, y ese enorme planeta que se ve a la derecha, es Neojúpiter. Se le dio ese nombre porque es muy parecido al Júpiter del Primer Sistema Solar.

—Entonces, Vorsov no es un planeta propiamente dicho.

—No, sino un satélite de Neojúpiter, si bien con dimensiones casi terrestres, muy fértil, perfectamente habitable y con gran porvenir.

—Como su nave — sonrió ella.

—Le di ese nombre pensando en el mío.

Myra se volvió para contemplarle.

—¿Cuál es su profesión, capitán? ¿O

debo llamarle mejor señor Hagg?—consultó.

—Llámeme Rick, lo hacen todos —sonrió él—. De modo que quiere saber mi profesión.

—Si no tiene inconvenientes…

—Chupatintas.

Myra respingó.

—¿Cómo?

—Empleado de oficinas, mejor dicho. Trabajo en la «Vorsimpex».

—¿Qué quiere decir eso?

—Compañía Vorsoviana de Importación y Exportación. «Vorsimpex» es la abreviatura comercial.

—Ah, ya entiendo. Pero esta nave no cuadra muy bien con su empleo…

Rick sonrió.

—Hace años me dio por pensar que mi porvenir en la «Vorsimpex», si bien seguro y tranquilizador, sólo me ofrecía perspectivas rutinarias. Y empecé a ahorrar.

—Para comprarse esta nave.

—Así es.

—¿Con qué objeto? Oh, pero me parece que soy demasiado curiosa…

—No haga caso, señorita Bay.

—Si yo he de llamarle Rick, usted tiene que llamarme por mi nombre

— dijo ella, sonriendo cautivadoramente.

— «Okey», Myra. Venga, por favor.

Abandonaron la cámara y caminaron a lo largo de un pequeño corredor. Rick se detuvo ante una puerta y la abrió.

— Vea, Myra.

Ella abrió mucho los ojos.

— Estoy viendo unos cuantos bloques de piedra...

— Cuarzo, con un contenido de un veinte a un veinticinco por ciento de oro.

Myra se quedó sin aliento.

— ¡Dios mío! ¡Es una fortuna fabulosa! —exclamó.

— No sé qué tiene el oro — suspiró Rick —. Los hombres pasan, transcurren los siglos, mudan las costumbres... pero el oro es siempre el oro. Su valor puede oscilar, sufrir altibajos, aunque siempre se le considera como metal de reserva monetaria.

— ¿Cuánto hay ahí? — preguntó ella.

— Por ahora, es sólo una «cosecha» de exploración — respondió el joven—. No obstante, teniendo en cuenta el volumen de las rocas y el porcentaje de riqueza aurífera, se puede calcular, holgadamente, en más de una tonelada de oro.

— ¿Puedo silbar, Rick? — consultó

Myra de buen humor.

— Silbe todo lo que quiera — rió él —. Así pretende demostrar su .admiración, ¿no?

— Diga mejor mi pasmo. ¿Hay más oro donde ha encontrado usted esas muestras?

— Calculo que sí, aunque, en todo caso, es mío.

Ella le dirigió una mirada inquisitiva.

— He marcado a mi nombre la zona presuntamente aurífera — añadió Rick.

— Comprendo. Y ahora va a hacer el registro legal en Capital — Vorsov.

— Justamente, Myra.

— Me asalta una duda, Rick.

— Exprésela, por favor.

— Ahora usted regresa a Vorsov. Supongamos que su descubrimiento se hace público. ¿No se producirá una estampida?

— Es probable, aunque nadie entrará en mi demarcación.

— ¿Cómo lo sabe?

— He situado un campo de detectores que darán la alarma apenas llegue algún intruso. Las patrullas del espacio acudirán a expulsarlo inmediatamente.

— Pero cuando usted vuelva...

— Desconectaré los detectores a

distancia. Sólo yo conozco la frecuencia de las ondas de conexión y desconexión.

— Ah, entiendo.

Rick cerró la puerta.

— Volvamos — dijo — Dentro de tres horas estaremos tomando tierra en el astropuerto de Capital.

Regresaron a la cámara de mando. Myra se aproximó de nuevo a la lucerna.

— Un espectáculo maravilloso — murmuró. De pronto, lanzó una exclamación—. ¡Oiga, Rick! ¿Qué es ese géiser que sale de la superficie de Vorsov?

Rick se acercó al ventanal.

Una larga hilada de vapor blanquecino, pequeña en apariencia, pero que, sin duda, medía varios kilómetros de longitud, nacía de la superficie del satélite-planeta e iba a perderse en el espacio, según todas las trazas en dirección a Neojúpiter.

— La verdad, Myra — contestó Rick al cabo—. Es la primera vez que veo una cosa semejante y no tengo la menor idea de lo que pueda ser.

# CAPÍTULO III

El hombre se acercó a la ventanilla del banco. Un empleado se levantó para atenderle amablemente.

— ¿En qué puedo servirle, señor? — preguntó.

Capital era una urbe enteramente terrestre en todos los aspectos. Siendo un lugar de paso para las espaciolíneas, abundaba en establecimientos comerciales de toda índole.

Naturalmente, los bancos no podían faltar. Y donde había bancos, había también atracadores.

— Mire este periódico, amigo — dijo el supuesto cliente—. Debajo hay una pistola y una bolsa de papel. Tome la segunda y llénela de buenos billetes de banco o le convertiré la cabeza en serrín.

La cara del empleado se puso gris.

— Hablo en serio—dijo el atracador —. Y los proyectiles de esta pistola tienen carga interna de «s/ pólvora».

— Le... le llenaré la bo... bolsa... — cedió el empleado, lleno de pánico.

No lejos de allí, un individuo de unos cuarenta y cinco años,

alto, robusto, de próspero aspecto, con varios anillos de valor en los dedos, contemplaba la escena críticamente, mientras simulada encender un grueso cigarro, auténtico habano de la Tierra.

— Tino—dijo entre dientes.

— ¿Sí, señor Morgan? — contestó un sujeto que tenía al lado el primero.

— Están atracando el banco... No hagas gestos, estúpido — dijo Duff Morgan al ver la cara de sorpresa que ponía su acompañante—. Es ese tipo que está en la cuarta ventanilla. Disimula, Tino.

Martino Ziri miró de reojo.

— Ya lo he visto, señor Morgan — dijo un segundo más tarde.

— Bien, jefe...

— Señor Morgan, imbécil, no lo olvides — dijo el hombre alto, furioso.

— Sí, sí, señor Morgan.

El atracador se retiró muy satisfecho de su botín. Ignoraba que había sido visto por alguien más que por el empleado robado.

Larry Phelps subió a su automóvil y se alejó con una «ganancia» de más de ochenta mil unidades interplanetarias de moneda. Empezó a elaborar rosados sueños.

Sus sueños se disiparon a media tarde, cuando alguien llamó a la puerta de su casa.

Phelps contempló al visitante a través de la mirilla.

— ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? — preguntó hoscamente.

— Deseo hablar con usted, Phelps — manifestó Ziri.

—Lárguese, esta no es hora de visitas —contestó Phelps de mal talante.

—¿De veras no piensa recibir a mi amigo?

Phelps sintió que la frente se le llenaba de sudor frío.

La voz había sonado a sus espaldas. Fue a volverse, pero el otro le inmovilizó con una orden perentoria.

—Quieto o te parto en dos —amenazó.

Phelps levantó las manos.

—Abra la puerta —le ordenaron.

Martino Ziri entró en la casa segundos más tarde.

—Lo has hecho muy bien, Simón —dijo.

Simón Knokke sonrió satisfecho.

—Era de prever que este tipo no querría abrirte —contestó.

Phelps contemplaba a los dos recién llegados con ojos de estupor.

—¿Po... policía? —dijo.

Knokke se echó a reír.

—¿Has oído, Tino? —dijo—. Nos confunde con los «polis».

—Déjate de bromas —refunfuñó Ziri—. No hemos venido a decir chistes.

—Si quieren dinero, no tengo...

Phelps fue interrumpido bruscamente por Knokke.

—Hoy has atracado el Banco Interior, de modo que no empieces a quejarte por falta de numerario.

—Pero no es el dinero lo que nos

preocupa sino tú — añadió Ziri.

— ¿Qué es lo que quieren? —preguntó Phelps, que no comprendía aún los motivos de la estancia de los dos sujetos en su casa.

Knokke lo agarró por un brazo. Era un sujeto sumamente robusto y empujó a Phelps sin dificultades hasta la salida.

— Dentro de un rato lo sabrás. ¡Andando! —ordenó, con acento que no admitía réplica.

* * *

Rick y Myra se despidieron en el astropuerto.

— Lamento la escasez de público en su recibimiento— dijo él.

Myra emitió una sonrisita de circunstancias.

— Fue cosa de mi agente — contestó —. De todas formas, no lo siento demasiado.

— Su público...

— Veinte tipos pagados, a cien unidades cada uno. Habrían gritado mucho y contagiado a los espectadores. Conozco demasiado bien el intríngulis de estas «recepciones» — dijo ella con sarcasmo.

— O sea que no hay sinceridad.

— No se lo crea, Rick. Ah, allí viene mi agente.

Un hombre de mediana edad, gordo y sudoroso, se acercó a la

pareja.

— ¡Myra, hija! ¿De dónde diablos sales? Estamos alarmadísimos por tu ausencia...

— De la cual tuviste tú la culpa, Tom — le atajó ella secamente—. Tú y tus geniales ideas. En la astronave me dieron un bote que era un puro cascajo y, si no es por el capitán Hagg, a estas horas ya no podría contarlo.

Se volvió hacia el joven.

— ¿Merece la pena que le presente a este forajido? — preguntó.

— La educación no está reñida con la delincuencia — sonrió Rick.

— ¡Pero, Myra...!

— Cállate, Tom. Te presento al capitán Hagg. Rick, éste es Tom Vyve, mi agente artístico y catastrófico.

El joven se echó a reír.

— Tiene usted un humor excelente, Myra — dijo.

— Preciso es tenerlo para no estallar de indignación. Bien, Tom, ¿me has buscado ya alojamiento?

— Sí, en el mejor hotel, el «Satélite Imperial», la «suite» de lujo. No te quejarás, te lo aseguro — contestó el agente.

— Así lo espero — respondió ella.

Luego tendió la mano al joven—. Rick, cuente con mi eterno agradecimiento. Si quiere verme actuar, trabajaré en el «Sturmius» a partir de mañana.

— Puede que vaya a verla, Myra —contestó él, sin comprometerse a nada—. Adiós, señor Vyve.

El agente contestó con un bufido. Myra y Vyve se alejaron. Él intentaba disculparse, a lo que Myra respondía con un chaparrón de apostrofes.

Rick meneó la cabeza.

— Una mujer de cuerpo entero —musitó.

Y dejó de ocuparse de ella, porque veía a un amigo que se acercaba a saludarle.

El amigo, rara coincidencia, se llamaba Julio Verne, aunque, honestamente, confesaba no ser descendiente del famoso novelista. Era algo mayor que Rick, pero entre los dos hombres existía una sólida amistad

— Hola, Rick — saludó alegremente —. Tienes un aspecto fantástico. ¿Qué tal te han sentado las vacaciones?

— Maravillosamente, Julio. ¿Quieres conocer el resultado?

— Por supuesto.

— Está bien, entra en la nave.

Rick condujo a su amigo a la bodega de carga. Los ojos de Veme se dilataron por el asombro al ver los bloques de roca apilados en el suelo del compartí mentó.

— ¡Rayos! — dijo a media voz.

— Rayos, sí, pero de luz dorada — sonrió Rick.

Veme hizo un gesto con la mano.

— ¿Tienes por ahí un martillo?

— Claro, Julio.

Rick buscó el martillo y se lo entregó a su amigo Veme golpeó varias veces, hasta separar de uno de los bloques un trozo del tamaño de un puño.

— Supongo que no tendrás inconveniente en que lo analice — dijo al terminar.

Rick sonrió.

— Estoy deseando conocer la opinión de un experto geólogo — contestó.

— Muy bien. Creo que dentro de un par de días podré darte un informe definitivo. ¿Es muy extenso el campo demarcado?

— Las muestras proceden de nueve fragmentos distintos, situados en un espacio de alrededor de cien kilómetros cúbicos.

— No está mal — dijo Verne aprobadoramente—. ¿Cuál es el tamaño medio de los bloques?

— Entre cuatrocientos y quinientos metros, me refiero a diámetro aproximado, naturalmente. Su forma es muy irregular.

Verne hizo unos rápidos cálculos mentales.

— Cada bloque, por tanto, debe de medir alrededor de unos

veinticinco mil metros cúbicos, suponiendo que tuviesen forma regular y unos trescientos metros de lado. Doy estas medidas más bien bajas, para no exagerar.

—Comprendo, Julio.

—Ahora bien, si son nueve bloques, más o menos semejantes en volumen, el total andará muy cerca de los doscientos mil metros cúbicos de roca.

—En los primeros e incompletos análisis, a la fuerza, claro, el porcentaje de riqueza aurífera dio una media del veinticinco por ciento, Julio.

Verne silbó.

—Rick, ¿te imaginas lo que significan veinticinco mil metros cúbicos de oro? — preguntó.

—Me mareo, Julio.

—Y tanto. Un metro cúbico de agua pesa una tonelada. La densidad del oro es de diecinueve coma treinta y dos, con respecto al agua.

—Por tanto, un metro cúbico de oro pesará diecinueve mil trescientos veinte kilos.

—Exactamente. Ahora, multiplica eso por veinticinco mil... ¡Eh, no te desmayes, Rick! —exclamó Verne, alarmado, al ver la cara que ponía

su amigo.

Rick se sentó encima de un bloque de roca.

— Las piernas se niegan a sostenerme — confesó

— Me lo imagino — dijo el geólogo —. ¿Dónde piensas beneficiar el oro que has traído?

— Pues... la verdad, no tengo la menor idea, Julio.

— Lo mejor será que construyamos un horno. No busques a nadie, no divulgues la noticia, ¿entiendes?

— De acuerdo.

— Supongo que tu campo aurífero estará bien señalado.

— Por supuesto, Julio.

— Entonces, no se hable más. Dentro de dos días repito, tendrás noticias concluyentes. Mientras tanto, diviértete un poco.

Rick respiró con fuerza.

— Puede que me convenga — admitió.

## CAPÍTULO IV

—De modo que este es el ladrón del Banco — dijo Morgan.

Larry Phelps sacó la lengua para remojarse los labios, súbitamente resecos.

—Él es, je… digo, señor Morgan — contestó Ziri, corrigiéndose a tiempo.

—Muy bien, chicos, déjenme a solas con él.

Ziri y Knokke abandonaron el lujoso despacho. Sonriendo con fingida benignidad, Morgan se levantó, se acercó a una barra adosada a la pared y llenó dos copas.

—Bebe — invitó —. Auténtico escocés, no una vulgar imitación vorsoviana.

Phelps, algo más tranquilizado, chasqueó los labios.

—La dosis de escocés está por las nubes — dijo.

—Pero tú puedes pagarte muchas con los ochenta mil que te has llevado del Banco — manifestó Morgan.

—Usted está enterado de todo, ¿eh?

—De todo lo que me conviene, por supuesto. Ahora bien, que disfrutes o no de ese dinero, es cosa que depende de ti, Larry.

—¿Me va a denunciar a la policía?

Morgan se echó a reír.

—¡Qué cosas tienes! — exclamó—. Ven, siéntate.

Phelps tomó asiento ante la mesa de despacho.

Morgan lo hizo frente a él y le miró fijamente.

—Larry, dime, si el cajero se hubiese negado a darte el dinero, ¿habrías apretado el gatillo de tu pistola? — preguntó.

Phelps se removió inquieto en el sillón.

—No lo sé. No se dio esa posibilidad — contestó evasivamente.

—Pero si pega un grito, se produce la alarma y entonces te habrías visto en un serio aprieto.

—Bueno, viéndome perdido...

—«Ahora» estás perdido, Larry—dijo Morgan con acento cortante—. En Vorsov hay una gran liberalidad, siempre que no se perjudique a un tercero. Tú puedes hacer lo que quieras, pero no robes una monetaria al prójimo, porque te caen encima cinco o seis años de cárcel. No digamos, por tanto, si se enteran de que eres el autor de este atraco.

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Morgan? — preguntó Phelps, recelosamente.

—Sencillamente, a hacerte el favor de dejarte libre y disfrutar de tu dinero.

—Usted no hace eso desinteresadamente.

—No — admitió Morgan sin pestañear.

—Está bien, ¿por qué no habla claro de una vez?

—Hoy hubieras apretado el gatillo, de haberte visto en un serio aprieto. Considera que sigues estando en apuros.

Phelps miró fijamente a su interlocutor.

—Usted está proponiéndome que cometa un asesinato — dijo.

—Sí.

Hubo un momento de silencio.

—¿Puedo irme? — preguntó Phelps al cabo.

—¿A pasarte treinta años encerrado?

El ladrón había empezado a levantarse. Al oír aquella frase, se sentó de nuevo.

Vacilaba. Estaba pálido y sudaba.

—Lo que hace conmigo es…

—Una marranada, lo sé — dijo Morgan, impertérrito—. Pero estudia bien la oportunidad que te doy. Ochenta mil unidades de moneda interestelar y mi silencio a

cambio de apretar el gatillo una sola vez.

— ¿Quién es? — preguntó Phelps.

— Se te indicará en el momento oportuno — respondió Morgan —. Mientras tanto, permanecerás aquí, en mi propia casa, convenientemente vigilado.

— Maldición, yo le conozco a usted, aunque no sea más que de oídas, y sé que tiene secuaces que...

— No me interesa que me relacionen con ese asunto.

— Podría hablar si me atrapasen.

Morgan sonrió.

— Todo está preparado de modo que no puedas fallar ni se sepa que has sido tú — explicó—. Pero me conviene nos vean a mí y a los chicos en Capital, cuando se produzca la defunción.

— Entiendo. Y, ¿cuándo será?

— Ya se te indicará la hora y la fecha. Mientras tanto, puedes creerme, estarás alojado aquí y tratado a cuerpo de rey. Cuando hayas cumplido tu compromiso, quedarás libre.

— De acuerdo — suspiró Phelps —. No tengo otro remedio que ceder.

— No, no te queda otro remedio — dijo Morgan fríamente—. Y,

supongo, que después mantendrás la boca cerrada.

—Eso se da por descontado —refunfuñó el ladrón —. Demasiado sé lo que me ocurriría si me diese por ser parlanchín.

—Muy bien, entonces, no se hable más. En el momento oportuno, se te darán las instrucciones precisas.

Morgan tocó un timbre. Ziri entró en el despacho.

—Ya puedes llevártelo, Tino —indicó.

—Sí, señor Morgan. Ah, Kellerman está ahí afuera — dijo Ziri.

—Dile que pase inmediatamente, Tino.

Ziri y Phelps abandonaron el despacho. Segundos después, entró un sujeto de unos treinta y tantos años, con una gruesa cartera bajo el brazo.

—¿Qué hay, Andy? — preguntó Morgan.

—Dificultades, señor — contestó Kellerman—. Las navieras espaciales se niegan a pagar el combustible a los precios fijados.

Morgan tomó un cigarro de una caja que tenía sobre la mesa y se lo puso entre los dientes.

—Muy bien — contestó con rostro placentero —. Si no quieren pagar a esos precios, no tendrán combustible.

—Pueden ir a aprovisionarse al

apostadero de Grabb-Gamma — dijo Kellerman aprensivamente.

— Que vayan. Allí les facilitarán combustible a precios más baratos. Pero, ¿cuánto les costará el viaje en sueldos, estadías y consumo de combustible?

»Si se ahorran mil unidades por kilo y el viaje les cuesta diez o doce de «s/uranio» sólo a la ida, ¿dónde está el ahorro?

Kellerman sonrió mefistofélicamente.

— Claudicarán — dijo.

— En beneficio nuestro, por supuesto. Además, el aumento de precio es sólo de trescientas unidades por kilo. No es una suma como para hacer tambalear las economías de las navieras espaciales, créame. Kellerman, manténgase firme.

— Sí, señor Morgan.

* * *

El hombre protestaba airadamente. Empleaba palabras que hacían temblar las paredes de la oficina.

Kellerman le escuchaba como quien oye llover. A Rick, en medio de todo, le divertía la discusión.

Finalmente, el «protestante» abandonó la oficina dando un tremendo portazo. Rick se acercó a la mesa tras la cual se hallaba Kellerman.

— ¿En qué puedo servirle, caballero? — preguntó Kellerman.

— Soy el capitán Hagg — declaró

Rick—. Necesito veinte kilos de combustible.

— «S/uranio», supongo.

— Sí, desde luego.

— El precio es de doce mil novecientas unidades el kilo.

— Ha subido desde la última vez, creo.

— Gastos de explotación, impuestos... Créame, capitán Hagg, ese aumento no es imputable a la Minera «S/uraniana».

— Ya, ya — dijo el joven con sorna—. Está bien. Haga la cuenta de lo que representa el importe de mi pedido y le firmaré un cheque ahora mismo.

— Muy bien, capitán.

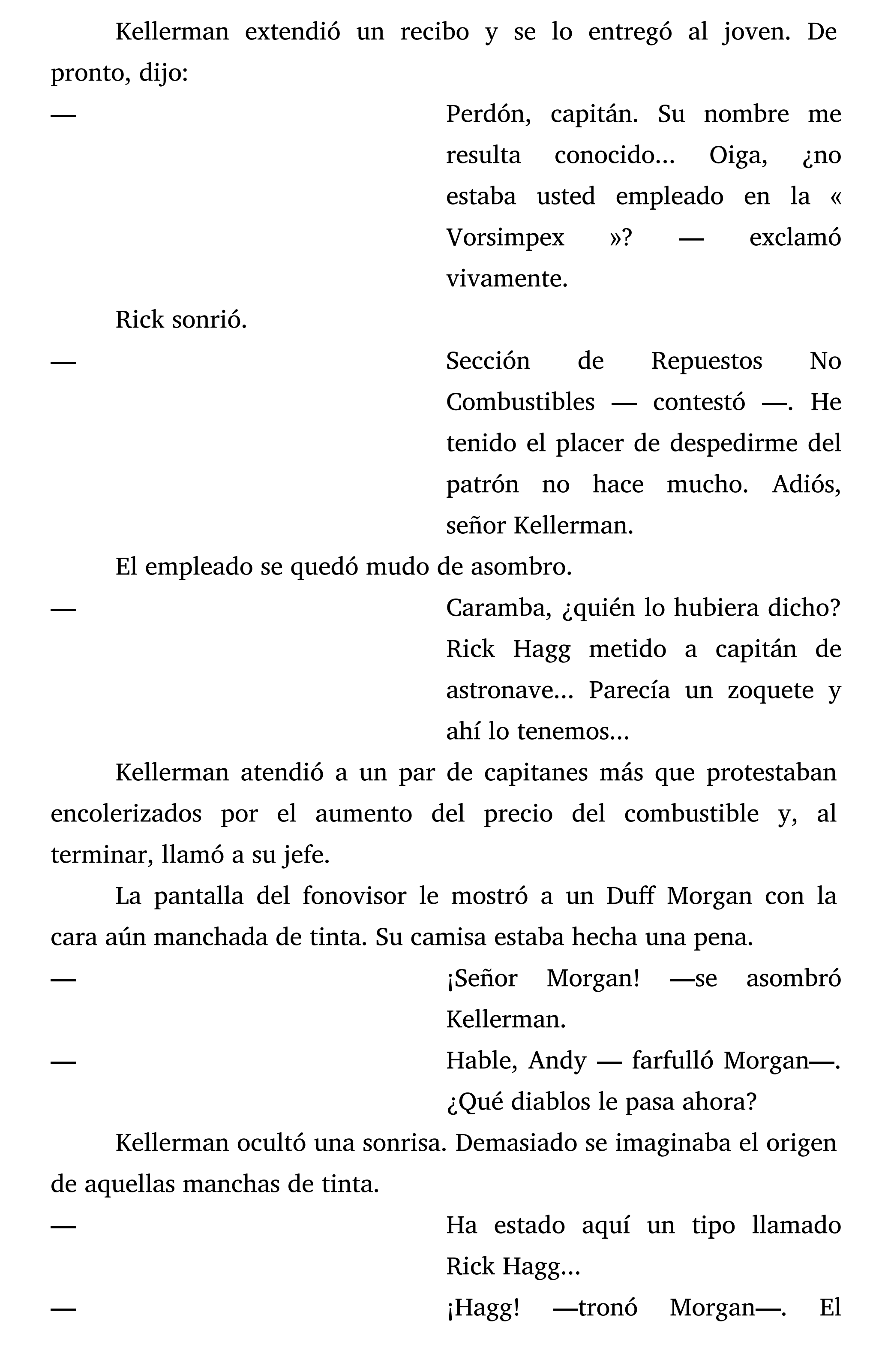
Kellerman hizo unos cálculos rápidamente y luego dijo:

— El total es de doscientos cincuenta y ocho mil unidades, capitán.

Rick se estremeció. Rebasaba el fondo de su cuenta corriente, pero en las bodegas de su nave tenía oro que cubriría de sobra aquellos gastos.

— Está bien — dijo. Extendió un cheque y se lo entregó a Kellerman —. El nombre de mi nave es «Porvenir». Haga que coloquen el «s/uranio» en las cámaras de combustión. Ustedes se encargan de ello, claro.

— Por supuesto, capitán.



Kellerman extendió un recibo y se lo entregó al joven. De pronto, dijo:

— Perdón, capitán. Su nombre me resulta conocido… Oiga, ¿no estaba usted empleado en la « Vorsimpex »? — exclamó vivamente.

Rick sonrió.

— Sección de Repuestos No Combustibles — contestó —. He tenido el placer de despedirme del patrón no hace mucho. Adiós, señor Kellerman.

El empleado se quedó mudo de asombro.

— Caramba, ¿quién lo hubiera dicho? Rick Hagg metido a capitán de astronave… Parecía un zoquete y ahí lo tenemos…

Kellerman atendió a un par de capitanes más que protestaban encolerizados por el aumento del precio del combustible y, al terminar, llamó a su jefe.

La pantalla del fonovisor le mostró a un Duff Morgan con la cara aún manchada de tinta. Su camisa estaba hecha una pena.

— ¡Señor Morgan! —se asombró Kellerman.

— Hable, Andy — farfulló Morgan—. ¿Qué diablos le pasa ahora?

Kellerman ocultó una sonrisa. Demasiado se imaginaba el origen de aquellas manchas de tinta.

— Ha estado aquí un tipo llamado Rick Hagg…

— ¡Hagg! —tronó Morgan—. El

muy… ¿Qué le ha dicho, Andy?

— Eso es lo extraño, señor. Pidió, y ya le he enviado, veinte kilos de «s/uranio». Naturalmente, pagó al contado.

— «S/uranio» — repitió Morgan pensativamente—. Creo recordar que hace años me lo encontré y le vi estudiando un manual de astronáutica. Dijo que un día quería hacerse piloto de astronave, pero entonces no le di importancia al hecho. Ha estado de vacaciones, además, y al volver…

Los dientes de Morgan rechinaban. Todavía rugía de furia al recordar la entrevista, al término de la cual y, como despedida, Rick le había volcado el tintero sobre la cabeza.

— Bueno, se ha despedido — remoloneó para no dar una explicación completa —. Pero si ha ordenado recargar las cámaras de combustión de su nave es que quizá ha descubierto algo interesante en el espacio.

— Probablemente, señor. Desde luego, firmó sin pestañear el cheque de doscientas cincuenta y ocho mil unidades. Esa suma representa el ahorro de un empleado de la categoría de Hagg durante bastantes años.

— Sí, indudablemente, algo ha

encontrado..., pero yo me ocuparé de averiguar qué ha sido. Usted sírvale el pedido en condiciones, puesto que está pagado; en modo alguno nos convendría encontramos con una demanda judicial por deficiencias en el suministro de «s/uranio». Cuanta menos publicidad, mejor, ¿estamos?

—Descuide, patrón...

—¡Señor Morgan, imbécil! —tronó el individuo—. ¿Cuántas veces he de decirles que no quiero esos estúpidos tratamientos?

Y cortó la comunicación, menos colérico que preocupado por las noticias que acababa de recibir.

## CAPÍTULO V

Aquella noche, Rick se encontró con un conocido a la puerta del «Sturmius». Era el capitán Cullican y estaba hablando con un sujeto de cierta edad y aire inteligente, a quien Rick creía haber visto también en alguna ocasión anterior.

— Hola, Rick — saludó Cullican —. ¿Vienes a divertirte un poco?

— Creo que hay atracciones, Davy — sonrió el joven—. Merece la pena «ventilar» un poco el cerebro, ¿no crees?

— Dichoso de ti — suspiró el policía —. Pero, discúlpame; no te he presentado al jefe de meteorología de Vorsov. Doctor Estóbiz, Rick Hagg, un buen amigo mío.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Rick volvió a dirigirse a su amigo.

— Pareces preocupado — observó —. ¿Es que tú tampoco puedes divertirte?

— Quisiera, pero no tengo ganas. Ando con una investigación que

dura ya nada menos que seis años, Rick.

— Vaya, pues no es de ayer. Hace seis años, desde luego, yo no estaba en Vorsov. ¿De qué se trata, si se puede saber, Davy?

— El cataclismo que se produjo entonces — contestó el policía —. El Departamento Geológico sostiene la teoría de que se produjo a consecuencia de una explosión provocada y me han encargado ver lo que pasa. Y no soy yo sólo el que está preocupado, aunque el amigo Estóbiz tiene otros motivos muy distintos.

— Una constante baja barométrica, que no está acompañada de disturbios atmosféricos — aclaró Estóbiz.

— ¡Qué cosa más rara! — se sorprendió Rick —. ¿Cómo puede ocurrir eso, doctor?

Estóbiz se mostraba reticente.

— No me gusta que se divulguen mis teorías — murmuró.

— Vamos, José — le animó el policía —. Rick es de entera confianza.

— La presión desciende a una velocidad media, constante, de uno a dos milibares diarios. La última medición dio novecientos ocho,

siendo así que la presión normal es de novecientos treinta y cuatro.

— José cree que Vorsov está perdiendo su atmósfera— dijo Cullican.

— Caramba, sólo eso nos faltaría — se espantó Rick—. Sería una catástrofe, doctor.

— Ojalá no se trate más que de aprensiones mías — dijo Estóbiz.

— Seguramente — sonrió el joven—. En fin, a ambos les deseo que pronto puedan desechar sus preocupaciones.

— En lo que a mí concierne, sólo depende del informe que me presente un común amigo, Rick.

— ¿Veme?

— Sí, pasado mañana irá a realizar esa investigación... pero no queremos entretenerte más ni echarte encima nuestras preocupaciones. Anda a divertirte, tú puedes hacerlo — suspiró el policía —. Soltero, joven y bien parecido. ¡Quién tuviera tus años, Rick!

— Vamos, vamos, Matusalén — rió el joven—. Doctor, ha sido un placer — se despidió—. Davy, hasta la vista.

— Adiós, Rick.

El joven penetró en el local. Se respiraba lujo por todas partes, pero todavía le quedaba dinero para divertirse un poco.

Una florista le salió al paso. Rick pagó un ramo de flores y colocó en él una tarjeta.

— Lléveselo a la señorita Bay.

— Sí, señor.

Luego buscó una mesa. Al camarero le encargó champaña.

— ¿Nativo o terrestre, señor?

Rick le lanzó una mirada indignada.

— ¿Tengo yo cara de ser un tipo al que le guste el champaña indígena? — contestó con altanería que sólo era pura apariencia.

* * *

La actuación de Myra Bay resultó sensacional.

Rick se dio cuenta que lo de menos era el juego de las serpientes. Lo que importaba era la belleza de Myra.

Sonaban atronadores aplausos al término de cada número. Después de un intervalo de descanso, Myra volvió a actuar.

Una vez vio a Rick y le guiñó discretamente el ojo. Rick supo así que la joven había recibido el ramo de flores.

Cuando ella terminó, la ovación fue aún mayor. Rick dejó pasar unos minutos y luego se levantó, para dirigirse al camerino de Myra.

Había tres tipos, parados ante la puerta. A uno de ellos lo conocía ya; era Tom Vyve.

Los oíros dos le resultaron antipáticos de inmediato, aunque procuró mostrarse impasible. No obstante, quiso llamar a la puerta del camerino, pero Vyve se lo impidió.

— Perdón, capitán; la señorita Bay tiene visita.

— Ah — murmuró Rick —. No lo sabía, dispénseme.

Pasaron algunos minutos. De pronto, se abrió la puerta. Al mismo tiempo, se oyó el inconfundible sonido de una bofetada.

— Salga de aquí, estúpido ricachón — gritó Myra coléricamente—. Pero ¿quién se ha creído que es usted, imbécil?

Morgan salió, con la cara congestionada por la furia. Algo voló por los aires y fue a caer en el centro del pasillo.

— No me gustan las flores con collares de perlas — dijo la joven. Y cerró de un portazo.

Morgan estaba tan furioso, que ni siquiera se percató de la presencia de Rick. Echó a andar a lo largo del pasillo, seguido de sus dos secuaces y de Vyve, que se deshacía en disculpas que no eran escuchadas.

Rick se rió un poco. Luego llamó a la puerta.

Myra abrió de golpe.

— Tom, condenado estúpido...

— Puedo admitir ser un estúpido, pero no llamarme Tom — dijo Rick, sonriendo tranquilamente.

Myra se pasó una mano por la frente.

— ¡Oh, perdóneme, Rick!—se disculpó—. Pero me siento tan furiosa... Entre, se lo ruego, y déjeme darle las gracias por las flores. Me ha gustado mucho el detalle.

— Era lo menos que se merecía usted — contestó él, mientras cerraba la

puerta—. Morgan es un tipo cargante, ¿no?

— Y que lo diga. Me envió un ramo de flores, con un collar de perlas dentro. Luego, naturalmente, vino a recoger el importe de su «compra».

— ¡Qué frescura!

— Mire, Rick, no vayamos a engañarnos. Yo conozco bastante este perro mundo y no digo que no tenga algún pecadillo que callar, pero hay cosas que me sublevan.

— Sobre todo, los tipos que creen conseguirlo todo por dinero.

— Usted lo ha dicho, Rick — Myra forzó una sonrisa —. Me parece que no es la acogida que usted esperaba.

— No se preocupe. Desahóguese a gusto. Yo también lo hice esta mañana.

Ella le miró inquisitivamente.

— ¿Cómo, Rick?

— Volcando un tintero sobre la cabeza de mi jefe. Por rara casualidad, era Morgan.

Myra lanzó una alegre carcajada.

— ¡Cómo me hubiera gustado verlo! —dijo. Alargó una mano y le tomó por un brazo —. Venga y siéntese conmigo un poco, Rick.

— Sí, pero ciérrese la bata. Ahora no está actuando en público, Myra.

La joven le dirigió una mirada penetrante.

— Es usted muy perspicaz — dijo. Pero sus piernas quedaron al descubierto y Rick, complacido, observó que no se les podía poner el menor reparo—. Cuénteme, ¿qué hay de su oro?

— Cifras mareantes, Myra.

— ¿De veras, Rick?

— Se lo aseguro. ¿Recuerda los bloques que le enseñé y que he traído como muestras de mis cateos?

— Sí, desde luego.

— Una vez beneficiados, obtendré un metro cúbico de oro por lo menos, Myra.

— ¡Cielos! —dijo ella, con los ojos muy abiertos.

— No lo he dicho a nadie más que a mi analista, pero en el sitio donde encontré aquel oro hay... bueno, cualquier cifra que se cite, por exagerada que parezca, resultará pequeña para la realidad.

— Me deja usted atónita, Rick. Entonces, ahora es a... a... archirrico.

Rick se echó a reír.

— Bueno, digamos que estoy en vías

de adquirir una holgada posición — contestó.

— Le felicito—dijo Myra—. Sinceramente, creo que se lo merece.

— Gracias, Myra. Quizá la estoy entreteniendo — se mostró Rick aprensivo.

— Oh, no, gracias, en absoluto. Me gusta estar a su lado. — Ella le miraba fijamente —. Usted resulta sumamente atractivo.

— Myra, me voy a poner colorado…

Los ojos de la joven poseían una fascinación extraña. Sin saber cómo, Rick se encontró abrazándola.

Myra no se resistió. Rick sintió contra su pecho el cálido palpitar de los senos de la muchacha.

Pero sus labios no se llegaron a juntar. De súbito, Myra lo empujó hacia atrás con fuerza y se puso en pie de un salto.

— ¡Miserable canalla! ¡Hijo de una mula sarnosa!

Rick pegó un respingo.

— ¡Myra!

— ¡No, si no es a usted a quien se lo digo! —puntualizó ella—. ¡Vamos, Tom Vyve, deja de escuchar detrás de la puerta como un mayordomo de chiste y entra, de una vez en el camerino!

Vyve terminó de abrir la puerta. Myra, sin importarle en absoluto la escasez de su atavío, se acercó a él y le asestó, sucesiva y rápidamente, dos sonoras bofetadas.

—Te lo has ganado a conciencia —dijo—. ¿Qué te creías, asqueroso alcahuete? Pensaste que me iba a volver tonta con Morgan sólo por el collar de perlas que tú le recomendaste pusiera en el ramo de flores, ¿verdad?

—Myra, déjame que te explique…

—No tienes que explicarme nada, Tom. Entre tú y yo todo ha terminado ya. A partir de este momento, dejas de ser mi agente artístico.

—¡Myra!

—Tú y tu condenada idea de hacerme llegar sola a Vorsov. Por poco me dejo el pellejo en el espacio… y ahora hacías de correveidile para ese «gánster». ¡Pues vete a verle y que te de él un empleo! ¡Fuera, fuera!

Myra sacó a empujones al aturdido Vyve. Cerró la puerta y se apoyó en ella.

Jadeaba y estaba sofocada. Su pecho opulento subía y bajaba con rápidos vaivenes.

—Rick, dispénseme — rogó—. Hay veces que pierdo los estribos…

—Ésta es una ocasión completamente justificada — sonrió él.

—Nos encontramos en pleno siglo XXII y son muchos los adelantos científicos y sociales, pero todavía

sigue habiendo barrios con barracones de lata, habitados por gente pobre y marginada. Yo me crié en uno de esos barrios, ¿comprende?

— Sí, Myra.

— Trato de evitarlo, pero no siempre lo consigo.

Allí, aunque uno no quiera, se aprende un lenguaje nada académico. Dispénseme, Rick.

El joven se acercó a ella y tomó sus manos.

— Procure calmarse — aconsejó —. A fin de cuentas, ha pasado lo peor.

— Sí, Rick.

— Volveré a verla otros días. Ahora, me parece, necesita soledad y sosiego.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

— Usted sí que es todo un hombre — elogió.

De pronto, se puso de puntillas y le besó en un lado de la cara.

— Hasta la próxima, Rick.

— Adiós, Myra.

Cuando él se alejaba por el pasillo, Myra se asomó a la puerta y gritó:

— ¡Y que la próxima sea pronto, Rick!

# CAPÍTULO VI

Sonó el timbre del fonovisor. Rick dio el contacto y se encendieron las dos lamparitas que señalaban el funcionamiento de la imagen y el sonido.

Una cara apareció en la pantalla.

— ¿Rick?—dijo Verne.

— Hola, Julio. ¿Qué me cuentas de nuevo?

— Buenas noticias, Rick. El porcentaje medio es de un veintiséis por ciento en cifras redondas.

— Voy a desmayarme, Julio — sonrió Rick.

— Motivos tendrías para ello. ¿Cuánto pesan los bloques de muestra?

— En total, casi noventa toneladas.

— Bueno, el veintiséis por ciento son...

— ¡Veintitrés mil cuatrocientos kilos! — recitó el joven rápidamente, que aún no podía olvidar sus tiempos

de contable.

— Exacto. Ahora, imagínate lo que habrá en los bloques que flotan en el espacio, Rick. ¿Me permites un consejo?

— Adelante, Julio.

— No lances todo el oro de golpe al mercado. Más que una baja o un derrumbamiento, podrías provocar un pánico financiero nada agradable para todos. De momento, confórmate con esas veintitrés y pico de toneladas; luego, dentro de unos meses, haz otro viaje y tráete algo más, con una nave mayor, por ejemplo. ¿Me vas comprendiendo, Rick?

— Sí, Julio.

— El gramo de oro está a cero ochenta de unidad monetaria, así que imagínate el valor del que tienes ya.

— Prefiero no pensarlo — sonrió Rick.

— Eres un tipo afortunado. Bueno, cuando vuelva de mi viaje al Hoyo del Terremoto, iniciaremos la construcción del horno.

— De acuerdo. Ah, sí, me dijeron que ibas a realizar unas investigaciones geológicas para la compañía.

Verne se puso serio de pronto.

— Rick, esto es confidencial. Se sospecha que el cataclismo tuvo como causa una explosión provocada — dijo.

— ¿Por quién?

— Eso es lo que no se sabe. Yo actúo por cuenta de la Policía y el que dirige las investigaciones es el capitán Cullican. Tú lo conoces, Rick.

— Sí, Julio.

— Parece ser que aquella catástrofe tiene que ver con la repentina subida de los precios del «s/ uranio».

— ¡Caramba! ¡Eso sí que no lo entiendo, Julio!

— Ya te lo explicaré a la vuelta —sonrió el geólogo—. Estaré ausente dos o tres días.

— Llámame en cuanto regreses, Julio.

— Descuida, Rick.

La cara del geólogo desapareció de la pantalla. Rick cortó la comunicación.

— ¿Habrá algún yacimiento de «s/ uranio» en aquel paraje? — se dijo preocupadamente.

* * *

Myra Bay lo había dicho más bien en tono despectivo, pero Tom Vyve se lo tomó al pie de la letra y fue a pedir un empleo a Duff

Morgan.

A Morgan casi le dio una congestión cuando le anunciaron la visita del ex agente artístico. Su primera intención fue hacerlo expulsar a palos, pero se contuvo.

— Dice que tiene algo muy interesante para usted— manifestó Ziri, que era el introductor de las visitas de cierta categoría.

— Está bien, que pase — accedió Morgan finalmente.

Quizá, pensó, Vyve venía a presentarle excusas en nombre de la artista. En medio de todo, no se podía negar que Myra era una mujer de belleza arrebatadora.

Vyve entró en el despacho, humilde y contrito.

— Buenos días, señor Morgan — saludó casi con temor.

— Hola, Vyve — dijo el otro con frialdad—. Despache, pronto, tengo mucho trabajo.

— Ya me lo imagino. Usted, tengo entendido, es un hombre de prósperos negocios en Vorsov...

— Vyve, no me hable de negocios ahora. Sólo quiero hablar de un tema y usted sabe cuál es. ¿Entendido?

Vyve suspiró.

— Temo, señor Morgan, que no podremos hablar de ese asunto — contestó.

— Entonces, ¿a qué diablos ha venido?

—A proponerle un buen negocio, desde luego.

—Mire, Vyve, cada día viene una docena de idiotas a proponerme negocios, que no existen sino en su imaginación. Si usted ha venido con el mismo propósito, ya puede dar media vuelta y largarse.

—Muy bien, señor Morgan. Tal vez me vaya a ver a Ben McKay. Él sí me escuchará y se repartirá conmigo los cientos de toneladas de oro que yo puedo proporcionarle.

Morgan aguzó el oído.

—¿Ha dicho toneladas de oro, Vyve? — exclamó.

—Sí, señor Morgan, cientos o quizá miles de toneladas de oro.

—¿Dónde está ese oro, Vyve?

—¿Al cincuenta por ciento, señor Morgan?

—Si es cierto, de acuerdo. Pero hable de una vez, ¡maldición! ; no me tenga sobre ascuas. Ah, y olvídese de ese idiota de McKay, ¿estamos?

Vyve sonrió ladinamente.

Su idea de citar al principal competidor de Morgan había dado un buen resultado.

—Se lo escuché al capitán Hagg, señor Morgan — declaró.

Morgan arqueó las cejas.

—¿Hagg? ¿Ese tonto ha encontrado

oro?

— Sí, señor. Yo se lo escuché, cuando se lo decía a la señorita Bay en su camerino. Usted sabe que él la rescató en el espacio.

Morgan asintió con un gruñido.

— Continúe — dijo. Ahora comprendía las causas de la ducha de tinta. De otro modo, un empleado aparentemente tan estable como Rick Hagg no habría hecho una cosa semejante.

— Bueno, por lo visto, él hizo una exploración en el espacio — dijo Vyve—. Encontró oro en algún asteroide y se trajo muestras a Vorsov. El oro que obtendrá de las muestras alcanzará el metro cúbico.

Morgan se quedó atónito.

— Un metro cúbico — repitió —. Eso significa casi veinte toneladas de oro, Vyve.

— Y en las muestras de cateo solamente, así que imagínese la cantidad de oro que habrá en los yacimientos espaciales — añadió Vyve.

Los dedos de Morgan tabalearon sobre la mesa unos momentos.

— ¿Dónde dijo que tiene Hagg las muestras, Tom? — preguntó, llamando al otro por su nombre, en

señal de confianza.

— En el astropuerto, aunque ignoro el nombre de su astronave...

Morgan abrió la caja de cigarros y ofreció uno a su visitante. Luego encendió el suyo y, finalmente, tras una complacida bocanada de humo, dijo:

— No se preocupe, Tom; yo averiguaré el nombre de esa nave.

* * *

El flamante «capitán» Hagg, título que él mismo se había atribuido, si bien nadie podía disputárselo, porque, a fin de cuentas, poseía y mandaba una astronave, concibió la idea, mientras aguardaba el regreso de su amigo Julio Verne, de comprobar la carga de sus cámaras de combustión.

La Minera «S/uranio», era una empresa propiedad de Morgan. Lo mismo sucedía con la « Vorsimpex », en la cual había trabajado él hasta pocos días antes.

Tras lo ocurrido, Rick no se fiaba de la gente de Morgan. Sabía que Kellerman era uno de sus empleados de más confianza y no tenía ganas de que le gastasen una jugarreta.

Llegó a la astronave a media tarde y abrió la escotilla que se usaba durante la estancia del aparato en tierra. Ciertos extraños golpes llegaron a su oído en el acto.

Rick frunció el ceño.

— ¿Quién diablos ha entrado en el aparato? — masculló.

Los golpes sonaban con cierta regularidad. Rick entró sin hacer ruido y caminó de puntillas hacia la bodega de carga.

Alguien preguntó:

— ¿Te falta mucho, Simón?

— No, ya acabo, Tino — contestó Knokke.

— Hay oro a paladas — dijo Simón, sin suspender su tarea—. Se puede ver a simple vista, Tino.

— Un tipo afortunado, el tal Hagg. ¿Dónde diablos lo habrá encontrado?

— Eso no nos importa ahora. Al jefe no le faltan medios para averiguarlo.

— Eso de «jefe», ¿significa el nombre de un forajido llamado Duff Morgan?

La sorpresa de los dos esbirros fue total.

Knokke se volvió, todavía con el martillo de geólogo con el cual trataba de arrancar una muestra de un bloque de roca de los que había en la bodega. Los ojos de Ziri despidieron un maligno centelleo.

— No hemos mencionado ningún nombre, capitán Hagg — dijo.

— Pero me basta verles a ustedes para saber que no están aquí por iniciativa propia. Morgan les ordenó venir a mi nave.

— Usted no nos conoce…

Rick atajó en seco la protesta de Knokke.

— Los vi la otra noche, cuando esperaban a su jefe, en la puerta del camerino de Myra Bay — dijo.

Knokke y Ziri cambiaron una mirada.

— Vamos a tener que darle una lección — dijo el primero.

Pero Rick ya estaba preparado.

Tenía la mano derecha a la espalda, ocultando una llave inglesa que había tomado como precaución. Knokke cargó sobre él, martillo en alto, y Rick avanzó la llave venenosamente hacia su boca.

Los labios del sujeto se partieron en el acto y empezaron a sangrar. Ziri dio un salto y su puño derecho alcanzó el ojo izquierdo de Rick, quien correspondió a la «caricia» con una desconsiderada patada en la ingle.

Momentos después, los dos esbirros abandonaban la nave, abatidos y cabizbajos. Mientras, Rick, se refrescaba el ojo maltratado con una toalla húmeda, en el cuarto de baño, en tanto pensaba en la forma mejor de evitar los asaltos a su astronave en su ausencia.

* * *

Simón Knokke depositó la pesada maleta sobre la mesa y dijo:

— Aquí tienes todos los aparatos, Larry.

Phelps se levantó de la cama en que estaba sentado y se acercó a la mesa.

— Abre — pidió.

Knokke accedió. Phelps examinó con toda atención el rifle despiezado que había en el interior de la maleta, provisto de anulador de retroceso y telescopio de puntería.

— Falta el silenciador — se quejó.

— En donde tienes que usarlo no habrá nadie más que la víctima — contestó Knokke—. Es un desierto, ¿comprendes?

Phelps hizo un signo afirmativo.

— ¿Qué es este cacharro, Simón? — inquirió.

— Una pequeña emisora de televisión. Cuando aterrices coloca la antena en la cola del aparato. El avión que se te facilitará ya tiene la cámara. Sólo tienes que seguir las instrucciones escritas, para realizar los empalmes necesarios. Todo muy sencillo, por supuesto.

Phelps miró al otro sarcásticamente.

— ¿Pretendes que televise la ejecución? — preguntó.

— Tienes que hacerlo, Larry — contestó Knokke, impasible.

— ¿Por qué?

— Órdenes del jefe. Quiere comprobar que cumples tu promesa.

— Ese bandido de Morgan no descuida un detalle. ¿Crees que estoy loco para...?

— Hazlo, Larry—dijo el otro fríamente—. La emisión se efectuará en una frecuencia determinada y nadie más que el jefe la captará. Ni siquiera nosotros lo veremos.

— Siendo así...

— Así será, Larry. Recuerda, te dejará disfrutar de los ochenta mil del Banco.

— ¡Qué generosidad!

Knokke se dirigió hacia la puerta. Por encima del hombro, dijo:

—Teniendo en cuenta que la «tarifa» es de diez mil, no lo dudes, el señor Morgan es muy generoso.

Y al tiempo de salir, pero sin abrir aún, añadió, a guisa de despedida:

—Pero no le gusta que le engañen. No, no le gusta nada, Larry.

Knokke se marchó.

Phelps quedó solo. Se estremeció.

Las últimas frases de Knokke eran harto significativas. Si no ejecutaba la tarea ordenada, Morgan lo enviaría al otro barrio.

# CAPÍTULO VII

Llamaron a la puerta. Rick se levantó a abrir.

—Hola, Myra — saludó a la joven, al verla en el umbral.

—¿Qué tal, Rick? Eh, ¿qué le pasa en el ojo? — se extrañó ella.

Rick sonrió de mala gana.

—Ayer tuve una discusión — contestó.

—Pues que es soltero, no cabe decir que fue una discusión conyugal — dijo Myra de buen humor—. ¿Puedo conocer los motivos de ese hermoso círculo morado en su ojo izquierdo?

—Puede — contestó él—. Pero siéntese y le prepararé algo de beber.

—Gracias, Rick.

Ella se dirigió al diván. Toda su indumentaria consistía en una chaquetilla muy corta, que dejaba la cintura al descubierto, y unos breves «shorts», las botas eran altas, de piel blanda, aunque Myra las había doblado las cañas, en un vago estilo seudopirata. El conjunto

era de un verde rabioso, pero le sentaba bien.

Rick se acercó a Myra y le entregó una copa.

— Ayer encontré a dos tipos huroneando en la bodega de mi astronave — dijo—. Trabajan, es un decir, para Morgan.

— ¿Encontraron el oro?

— Sí, aunque llegué a tiempo de evitar que se llevaran muestras. No obstante, discutimos un poco... y a mí me quedó esto en el ojo, para recuerdo de nuestra poco cortés entrevista.

— Sería cosa de reír, si no resultase preocupante, Rick — dijo Myra.

— Lo mismo pienso yo, sobre todo, si se tiene en cuenta la clase de los tipos con quienes me peleé.

Ella entornó los ojos.

— De modo que esbirros de Morgan — dijo.

— Sí, Myra.

— Eso significa que Morgan conoce su secreto.

— Exactamente. Sin embargo, no me explico quién se lo ha podido comunicar. Usted no ha sido, desde luego...

— Gracias por la confianza que tiene en mí, Rick — sonrió Myra.

— Y la otra persona que lo sabe es mi amigo Julio Verne, geólogo y

hombre de absoluta discreción.

Myra se reclinó en el diván y le lanzó una penetrante mirada.

— Yo le diré quién informó a Morgan de su secreto, Rick — anunció.

Rick se sorprendió vivamente.

— ¿Cómo?

— Fue usted.

— ¡Myra, por favor!

— Sí, Rick. Usted me lo contó a mí y ese bola de sebo que es Tom Vyve, se fue con el «soplo» a Morgan.

— ¿Cómo puede asegurar tal cosa, Myra? — exclamó él, sumamente intrigado.

— Es bien sencillo. Yo despedí a Tom y ahora no tengo trabajo.

— ¿Qué? ¿Ya no actúa en el «Sturmius»?

— Como lo oye, Rick. El dueño me ha puesto de patitas en la calle. Y como al despedir a Tom, tuve que pagarle una fuerte indemnización, imagínese el resto.

— Pero no entiendo... ¿Qué tiene que ver su despido con el de Vyve?

— Es muy sencillo. Yo contaba recuperar ese dinero con el producto de mi contrato en el «Sturmius». Ahora bien, puesto que me lo han cancelado, se puede decir sin temor a dudas que estoy en la ruina.

— ¿Qué ha alegado el dueño del local para despedirla?

Myra sonrió.

— El dueño es un hombre de paja — contestó.

— Me parece que entiendo. Morgan es el verdadero propietario.

— Así es, Rick.

— A pesar de todo...

— Ayer vi a Tom paseándose por el local con aire de triunfador. Rick, Vyve era un granuja. Puedo asegurar que vivía del porcentaje de mis ganancias. No habría tenido ese aspecto, si se hubiera considerado arruinado.

— Creo que voy entendiendo. Vyve se ha aliado con Morgan.

— Pondría mi mano en el fuego por asegurarlo, Rick.

— Eso explicaría la presencia de los dos esbirros en mi nave...

— Sobre todo, si se tiene en cuenta que Vyve oyó nuestra conversación. ¿Es difícil deducir el resto, Rick?

El joven movió la cabeza.

— No, no es difícil — concordó.

— Por eso he venido a verle a usted, Ricky — declaró Myra.

— ¿Es que puedo ayudarla en algo?

Myra se sonrojó un tanto.

— Prácticamente, estoy con lo puesto — contestó —. Usted puede darme un empleo, Rick.

— ¡Pero si yo no...!

El joven se interrumpió de pronto y empezó a dar paseos por la sala.

— Vamos a ver — murmuró—. Cuando ponga en marcha la explotación de mi yacimiento, tendré que fundar una compañía... ¿Qué sabe hacer usted, Myra? Aparte de bailar con serpientes, naturalmente.

— Conozco tres o cuatro idiomas y tengo cierto don de gentes. Colóqueme como recepcionista en sus oficinas.

— Todavía no tengo oficinas, Myra.

— Las tendrá, Rick.

— Mejor puedo nombrarle jefe de Relaciones Públicas— propuso él.

— Es un buen empleo, en efecto — Myra suspiró —. Tendré que aprender a moderar mi lenguaje.

Rick sonrió.

— Ese no será inconveniente — dijo —. Y, a propósito, ¿qué ha sido de las serpientes?

Myra hizo un gesto de repugnancia.

— Las cosas que hay que hacer por dinero — contestó—. Las he regalado al «Zoo» de Capital. Pero

si no hubiera sido por los buenos sueldos que cobraba, con serpientes habría bailado su... Bueno, dispénseme, ya iba a soltar una barbaridad de las mías.

— No se preocupe, Myra — rió él —. A mí me gusta más así como es, franca y sin complejos. ¿Qué le parecen seis mil unidades al mes para empezar?

— Es un sueldo de rey — calificó Myra.

— Entonces, no se hable más. A partir de ahora, es usted mi jefe de Relaciones Públicas y su sueldo empieza a correr desde ahora mismo.

Myra se puso en pie y se acercó al joven. Era muy alta y los tacones de sus botas aumentaban su estatura.

El pecho de la joven rozó el de Rick.

— Quiero decirle una cosa y soy absolutamente sincera— declaró—. He venido a usted porque le tengo por un buen amigo y no por su fortuna. ¿Me entiende?

Rick la miró gravemente.

— Y yo voy a decirle otra cosa, Myra — contestó —. Usted no me engañaría a mí jamás y, por dicha razón, yo la aprecio doblemente.

* * *

Duff Morgan dio el contacto de su televisor y la pantalla se encendió a les pocos segundos.

La imagen mostró una vasta extensión de terreno árido y desértico. Un hombre caminaba por la llanura, provisto de un rifle de largo alcance.

Morgan sonrió. Con el puro entre los dientes y una copa de buen coñac en la mano, se repantigó en su butaca para contemplar la escena con más comodidad.

El objetivo de la cámara captaba fielmente los menores movimientos de Larry Phelps. El ladrón ignoraba, sin embargo, que su rifle iba provisto de una célula fotoeléctrica que accionaba el mecanismo de orientación automática de la cámara.

Al fin, Phelps llegó a una roca y se arrodilló. En la pantalla apareció la figura de un hombre trabajando en el suelo.

El individuo vestía someramente, debido a la elevada temperatura del ambiente. Un sombrero de anchas alas le protegía de los ardores del sol de Vorsov.

Phelps tomó puntería. La espalda de su víctima apareció en la mira del rifle.

El índice de Phelps se curvó despacio sobre el gatillo. El disparo se produjo un instante después.

Morgan se inclinó un poco hacia delante, fascinado por la escena. El cuerpo de Julio Verne saltó en pedazos por los aires, literalmente pulverizado por la explosión de la carga de «s/pólvora» que llevaba el proyectil.

Phelps se puso en pie. Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor que corría en abundancia por su frente.

La cámara lo siguió puntualmente hasta su regreso al avión. El aparato, pequeño, manejable, había llegado volando a ras de suelo, sin hacer el menor ruido, merced a sus motores eléctricos.

Morgan abandonó su lánguida postura. Sin levantarse, se acercó

un poco más al televisor y alargó la mano derecha hacia una cajita negra que había situada junto al mismo.

Encima de la cajita había un botón rojo. El índice de Morgan se apoyó sobre el botón.

El avión se elevó. Ahora, el objetivo de la cámara, enfocado de la cola hacia la proa, mostraba apenas poco más que el «lomo» del aparato, pero era suficiente.

El objetivo captó un panorama más extenso, a medida que el avión se elevaba. De súbito, el índice de Morgan presionó el botón.

La imagen osciló con cierta violencia. Delante del objetivo, a unos pocos metros, acababa de producirse una pequeña explosión.

El paisaje empezó a dar raicitas en la pantalla. Morgan sonrió. El avión caía.

Era fácil ver que el horizonte estaba cada vez más cerca. De súbito, la imagen desapareció de la pantalla.

Lanzando un suspiro de alivio, Morgan desconectó el televisor. Luego tocó un timbre.

Ziri y Knokke aparecieron en el umbral de la puerta.

— Asunto concluido — dijo Morgan.

Los esbirros intercambiaron una mirada.

— ¡Pobre Phelps! — se lamentó falsamente Knokke.

— Lástima, no ha podido disfrutar del dinero que robó… Por cierto, jefe, lo guardaba en casa. ¿Piensa entregar ese dinero a la beneficencia?

Morgan sonrió maliciosamente.

— No — contestó —. Creo que os lo habéis merecido. Ha sido una buena labor, la vuestra.

Ziri remedó un saludo militar.

— Gracias, señor Morgan — contestó.

* * *

Estaban juntos, erguidos, frente a frente, mirándose con recíproca fijeza. El opulento pecho de Myra subía y bajaba con rápidas palpitaciones y sus pupilas eran dos lagos azules en los que Rick se sumergía poco a poco.

De pronto, él carraspeó.

— Myra…

— Sí, Rick — contestó ella anhelante.

— ¿Puedo… tratarte de tú?

— Lo estás haciendo, Rick.

Él volvió a carraspear.

— Esto… no sé qué me pasa contigo. No me había pasado antes nunca con otra mujer.

— ¿De veras, Rick? — sonrió ella.

— Te lo juro.

Myra se acercó aún más. Los dos cuerpos estaban en contacto.

— Ya sé por qué no me ha pasado antes con ninguna otra mujer lo que roe está pasando contigo — dijo él.

— ¿Por qué, Rick?

— Porque no hay otra como tú, Myra.

Una cautivadora sonrisa se formó en los labios de la joven.

— ¿Lo crees así, Rick?

El joven ya no se pudo contener y rodeó con sus brazos el flexible talle de Myra.

— Yo… no sé cómo se dicen estas cosas, Myra, pero…

—No las digas, Rick. ¿Crees que es necesario?

—Bueno, al menos, por… por formulismo…

—¿Estimas indispensables los formulismos entre los dos?

Hubo un momento de silencio. Luego, Rick dijo:

—No, ¿para qué? Entre tú y yo no debe de haber ya más formulismos que el de…

Iba a besarla, pero el timbre del fonovisor le interrumpió bruscamente. Volvió la cabeza un momento y luego buscó otra vez los labios de Myra, pero el timbre continuaba sonando con insistencia.

—¿Puedo soltar un taco? — gruñó, mientras se separaba de ella para acudir al fonovisor.

Myra se echó a reír.

—Si eso te ha de desahogar, por mí no te reprimas — contestó.

Rick dio el contacto. La cara del capitán Cullican apareció al momento en la pantalla.

—Tengo malas noticias para ti, Rick — dijo el oficial de Policía—. Creí que te interesaría saberlo *y*… Bueno, más vale que no me ande con rodeos: Julio Verne ha sido asesinado.

# CAPÍTULO VIII

Rick y Myra estaban sentados frente al capitán Cullican. La joven había cambiado su atuendo por otro parecido, aunque de color gris oscuro, más severo y en consonancia con la ocasión.

— Danos detalles, Davy — pidió Rick.

— Cada día establecíamos contacto tres veces, a las ocho de la mañana, a mediodía y a las seis de la tarde — dijo Cullican—. Cuando dejó de llamar a mediodía, nos alarmamos. Despaché un avión con hombres para investigar.

— Y encontraron a Julio muerto.

— Sí. Emplearon un proyectil de «s/pólvora». No quiero darte más detalles, Rick.

— Ahórratelos, por favor, Davy —contestó el joven—. ¿Qué más?

— A cuatro kilómetros, encontramos un avión destrozado. Su único ocupante estaba muerto. Entre los restos del avión hallamos un rifle con mira telescópica y proyectiles

de «s/pólvora».

— ¿Qué es la «s/pólvora»? —preguntó Myra, que había oído la palabra varias veces y desconocía su significado.

— Un explosivo de poder diez superior a los convencionales—respondió Cullican—. Tres gramos en el interior de una bala de fusil de doce milímetros de calibre tienen tanta potencia como treinta gramos de T.N.T. antigua.

— Entiendo.

— Cuando uno de esos proyectiles alcanza a una persona, imagínese...

— ¡Por favor, Davy!—rogó Rick crispadamente.

— Dispénsame — se excusó el policía

— De modo que el asesino murió —dijo Rick.

— Sin duda, sufrió un accidente y se estrelló con el aparato.

— Lo dudo — dijo el joven.

— ¿Por qué, Rick?

— ¿Es que no disponía de paracaídas?

Cullican se cortó.

— Pues...

— Davy, si yo vuelo en mi avión, me pondré el paracaídas y si se produce una avería en los motores, abandonaré el aparato. ,

— Es lo corriente en tales

circunstancias.

— Ahora bien, ¿por qué el asesino de Julio no empleó el paracaídas? No resulta lógico, creo yo.

Cullican hizo unos gestos de asentimiento.

— Creo que estoy de acuerdo contigo, Rick, si bien, te diré, en mi descargo, que no se ha hecho sino una somera investigación del accidente.

— Creo que encontraréis algo muy interesante cuando esa investigación se haga a fondo, Davy — aseguró el joven.

— ¿Qué te hace sospechar eso, Rick?

— En primer lugar, dime, ¿qué hacía Julio en el Hoyo del Terremoto?

— Realizaba una investigación Geológica por cuenta del Departamento de Policía. Se sospecha que el cataclismo que ocurrió hace seis años fue provocado.

— ¿Con qué objeto, Davy?

— No estamos aún seguros... pero, en los últimos años, el precio del combustible «s/uranio» ha ido sufriendo un alza constante y regular. Y prácticamente, no hay astronave que no necesite aterrizar en Vorsov para repostar.

— Comprendo —dijo el joven—. Pero

ese alza de precios se produce solamente cuando hay monopolio.

— El noventa por ciento del «s/uranio», y puede que me quede corto, está en manos de Duff Morgan.

Rick sonrió.

— Ahí quería yo ir a parar — dijo—. ¿Hay «s/uranio» en el Hoyo del Terremoto?

— Julio no tuvo tiempo de averiguarlo — contestó el policía.

— Y si tenemos en cuenta que también trabajaba para mí…

Cullican se sorprendió.

— ¿Cómo, Rick?

— Encontré algo en mi viaje de seis semanas por los asteroides del sistema, Davy. Julio era mi analista.

El policía comprendió que Rick no quería divulgar el secreto de su hallazgo. Era lógico y no insistió, pero comprendió que debía de tratarse de un mineral de mucho valor.

— Morgan no es trigo limpio, no, señor — dijo.

— De eso podría hablar yo un rato largo — tercio Myra.

— Davy, para mí no hay duda de que Morgan ordenó asesinar a Julio. Si es así…

— Resultará muy difícil demostrarlo — dudó el policía.

—Quizá, pero hay que intentarlo. De modo que tú opinas que aquel cataclismo fue provocado por unos buscadores de «s/uranio».

—Todos los indicios coinciden en ello. Las investigaciones han demostrado que, a raíz de aquella catástrofe, desaparecieron tres tipos que se dedican a ese oficio. Hubo bastantes muertos, pero, salvo aquellos tres, cuyos nombres se conoce, todos los cadáveres fueron identificados.

—Sospechas que murieron en el Hoyo del Terremoto.

—O fueron lanzados al espacio con aquel bloque de roca que se desgajó del planeta.

—Tal vez.

Rick se puso en pie.

—Vámonos, Myra — dijo—. Davy, ¿cuándo son los funerales por el alma de Julio?

—Mañana, a las tres de la tarde.

—Asistiremos — prometió el joven.

Rick y Myra salieron a la calle. Ella puso una mano sobre el brazo de su acompañante.

—Rick, tú apreciabas mucho a Julio.

—Éramos muy amigos — contestó él sordamente—. No puedo acostumbrarme a la idea de que está muerto.

Myra respetó el dolor del joven. Rick permaneció callado unos momentos, pero luego se rehízo y, tras un par de profundas inspiraciones, dijo:

— Myra, yo no puedo dejar impune este crimen. Tengo la seguridad de que fue inspirado por Morgan y tengo que hacérselo pagar, por encima de todo.

— Sí, Rick. —El instinto dijo a Myra que Rick no cejaría hasta haber conseguido justicia.

— Pero estoy sin fondos y a ti te pasa lo mismo. No obstante, tengo de dónde sacar dinero en abundancia. No se puede emprender una campaña con los bolsillos vacíos, ¿comprendes?

Ella le dirigió una sonrisa llena de simpatía.

— Sí, Rick, te entiendo perfectamente — contestó —. Pero, ¿de dónde piensas sacar el dinero?

— Ven conmigo y lo sabrás — dijo él decidido.

* * *

El enorme vehículo de carga se detuvo ante la puerta de un edificio, sobre suyo dintel campeaba un rótulo: McKAY'S EMPRESS. Rick estaba en el umbral, junto con Myra y ambos acompañados de un individuo de unos cincuenta años de edad, de mediana estatura y rostro casi cuadrado.

— Ahí tiene el mineral, señor McKay — dijo el joven.

Selby McKay se acercó al camión, trepó a la plataforma de carga, levantó una lona y contempló unos instantes lo que había debajo.

Al cabo de unos momentos, regresó junto a la pareja.

— Interesante, muy interesante — dijo —. ¿Cuál es su proposición, señor Hagg?

— La riqueza, según un estudio de mi amigo Verne, aunque no demasiado profundo, ésta es la verdad, resulta ser de un veintiséis por ciento, señor McKay.

El comerciante silbó. Luego, de pronto, se volvió hacia el camión.

— ¡Jake, llévalo a la bascula y ven a decirme el peso!

— Sí, señor McKay — respondió el conductor.

— Vengan a mi despacho — invitó McKay —. Tomaremos mientras tanto una taza de café.

Jake llegó cuando McKay estaba llenando las tazas de sus huéspedes.

— Patrón, la diferencia entre los pesos en vacío y cargado es de cuatro mil doscientos veintiocho kilos —informó.

— Gracias, Jake.

McKay se sentó tras una mesa. Hizo unos rápidos cálculos y luego miró a Rick.

— El oro está a cero ochenta — dijo —. En esos bloques de muestra que

usted ha entregado, si la proporción es la anunciada, hay mil ochenta y nueve kilos, despreciando los gramos.

— Sí, señor McKay.

— Por tanto, ese oro vale ochocientas setenta y una mil unidades, en números redondos. Le haré un cheque por ochocientas mil, Rick.

— Es lo justo. Usted tendrá gastos para beneficiar el oro.

McKay se echó a reír.

— Unas diez mil unidades, así que ganaré sesenta mil con la operación — contestó —. Pero, dígame una cosa, Rick, ¿por qué ha venido a mí precisamente?

— Me gusta tratar con las gentes honradas — respondió el joven sin pestañear.

— Ah — murmuró el comerciante. Extendió el cheque, lo firmó y se lo entregó al joven—. Puede cobrarlo en el acto, señor Hagg.

— Gracias, señor McKay — contestó Rick, mientras guardaba el cheque —. ¿Vámonos, Myra?

— Sí, Rick — accedió la muchacha.

— Señor Hagg — llamó el comerciante.

— ¿Sí, señor McKay?

— Cuando tenga más bloques de ese

cuarzo… venga a verme. No soy abusivo en los tratos — sonrió McKay.

— He tenido una grata ocasión de comprobarlo — respondió Rick.

Salieron a la calle.

— ¿Y ahora, Rick? — preguntó Myra.

El joven vaciló un instante.

— No lo sé todavía, aunque sí puedo contestarte una cosa con toda seguridad. Ya, estamos en campaña, Myra. ¿Me comprendes?

— Sí, Rick — contestó ella, mirándole fijamente.

* * *

Myra vestía aún el traje negro, largo, que se había puesto como atuendo adecuado a la ocasión. En cuanto a Rick, aunque no solía usarla, llevaba puesta una corbata negra.

— Ven a tomar una taza de café — dijo él, después de los funerales —. A ambos nos sentará bien.

Rick y Myra se sentían aún bajo la impresión del triste acto a que habían asistido momentos antes. Entraron en una cafetería y se sentaron a una mesa, junto a una de las ventanas.

Una camarera les trajo sendas tazas de café. Durante unos minutos, los dos jóvenes permanecieron en silencio.

De pronto, un hombre entró en el local. Miró a Rick y le dirigió una ligera sonrisa. Rick se dio cuenta de que el doctor Estóbiz también llevaba corbata negra.

Estóbiz se acercó a la pareja. Rick se puso en pie.

— Nos hemos visto en los funerales del pobre Julio, doctor — dijo—. Siéntese y tomará una taza de café con nosotros.

— Gracias, señor Hagg — respondió el meteorólogo—. Señora…

— Es la señorita Myra Bay — presentó Rick —. Myra, el doctor Estóbiz jefe de Meteorología.

— Tanto gusto, doctor.

— Encantado, señorita Bay.

La camarera trajo otra taza de café. Estóbiz hizo un gesto con la cabeza.

— Todavía no puedo creerlo… El pobre Julio…

— ¿Lo conocía usted, doctor? — preguntó Rick.

— Si. Pertenecíamos ambos al Departamento Científico de la municipalidad. Yo le apreciaba mucho y no comprendo cómo pudieron asesinarle.

— Había alguien interesado en evitar el informe de Julio sobre las condiciones del Hoyo del Terremoto, doctor.

— Sí, algo he oído al respecto — contestó Estóbiz—. Pero ¿qué temores podían sentir sus asesinos? Aquella zona es sumamente árida, no hay nada de valor…

Rick prefirió callar. En lugar de seguir sobre el mismo tema,

cambió la conversación.

—¿Qué me dice sobre sus observaciones meteorológicas, doctor? — preguntó.

Estóbiz puso cara de gravedad.

—La presión sigue bajando — dijo—. Ahora está a ochocientos noventa y un milibares, aunque no hay peligro de inmediato. Cuando lleguemos a setecientos diez, que corresponde a una altitud terrestre de tres mil metros, empezaremos a preocuparnos de veras — declaró.

—¿Por qué baja la presión, doctor?— se extrañó Myra.

Estóbiz vaciló. Rick dio la respuesta por él:

—Myra, el doctor asegura que Vorsov está perdiendo su atmósfera.

## CAPÍTULO IX

—De modo que Hagg anda husmeando y metiendo las narices por todas partes — dijo Morgan.

—Así es — confirmó Ziri.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Pete «El Bisojo». Se ha pegado a él y no lo deja a sol ni a sombra.

—Pete es un buen chico — alabó Morgan—. ¿Qué más?

—Hagg estuvo a ver a McKay.

Morgan frunció el ceño.

—¿McKay? — repitió.

—Sí. Le llevó un camión cargado, aunque no sé de qué. Pero McKay le dio mucho dinero.

—¿Cómo lo sabes, Ziri?

—Pete le vio entrar en el Banco Vorsoviano. Luego fue él y se enteró de que Hagg había ingresado un cheque de ochocientas mil unidades.

—¡Rayos! — juró Morgan.

— Como lo oye — insistió Ziri —. Lo que no sé es por qué le dio McKay tanto dinero.

— Yo sí lo sé, pedazo de bruto — refunfuñó Morgan —. Hagg le vendió unos cuantos bloques de cuarzo aurífero.

Ziri se quedó atónito.

— Pero... ¿es posible que McKay diese tanto dinero por unos trozos de piedra? — exclamó.

— ¡Y tanto que es posible! McKay no es mi idiota, de modo que, cuando lo ha hecho, sus razones tendrá, entre ellas, claro, la de que el cuarzo que le llevó Hagg tiene un altísimo porcentaje de oro.

Morgan hervía de furia en su interior. « ¡Y pensar que yo pude haberme quedado con ese negocio!», se dijo, despechado.

— Señor Morgan, ¿no habría manera de que nosotros pudiéramos meter las manos en ese pozo de oro, dondequiera que esté? — consultó el esbirro.

— Ya encontraré la fórmula de conseguirlo, descuida. Eso es todo por ahora... Bueno, no, aguarda.

Morgan sacó unos cuantos billetes y se los entregó a su acólito.

— Dáselos a Pete y que siga vigilando a Hagg. Que no le pierda de vista un solo momento y que te informe en el acto de la mayor novedad

referente a nuestro hombre, ¿comprendes?

— Sí, señor Morgan.

Ziri se marchó. Para quitarse el mal sabor de boca, Morgan se sirvió una buena dosis de whisky.

Estaba a mitad cuando sonó el fonovisor.

Era Kellerman.

— Dime, Andy.

— Hay exceso de demanda de «s/ uranio» — informó Kellerman.

— Buenas noticias. Súbelo doscientos cincuenta más.

— Sí, señor Morgan. Pero andamos cortos de existencias.

— Bueno, despacha a los hombres de costumbre. Diles que se traigan unas cuantas toneladas. Pero no aflojes en el precio.

— Descuide, señor Morgan.

— Otra cosa, Andy. ¿Cuál es la cotización actual del oro?

— Despreciando centésimas, cero ochenta, en cifras redondas.

— Gracias, eso es todo. Llámame en cuanto haya llegado el cargamento de «s/uranio».

— Sí, señor Morgan.

El traficante cerró el fonovisor. Luego se reclinó en la butaca.

Empezó a hacer cálculos. ¿Cuánto oro había en los bloques de cuarzo que Rick había vendido a McKay?

* * *

— Supongo que no tendrás inconveniente en volar hasta el Hoyo del Terremoto, Myra.

Ella sonrió.

— ¿Lo crees necesario? — preguntó.

— Me gustaría echar un vistazo al sitio donde Julio fue asesinado.

— Entonces… no se hable más pero, ¿sabes pilotar un avión?

— Myra, para obtener la patente de capitán de astronave, es preciso conocer también el manejo del avión de emergencia para posibles averías en cotas atmosféricas.

— Ah, entonces, ya no tengo miedo.

— Me siento orgulloso — sonrió él—. ¿Qué tal la cena, querida?

Myra se echó hacia atrás en la silla, a la vez que suspiraba gozosamente.

— ¿Puedo hablar claro? — preguntó.

— No me gustaría que cambiases tu carácter — sonrió Rick.

— Pues bien, me he atiborrado de comida. Y esto no me conviene, querido.

— ¿Por qué? ¿Temor al bicarbonato?

— Temor a perder la línea — rió Myra.

Rick la contempló críticamente.

— A mí me gustan las mujeres gordas — mintió de buen humor.

—No digas tonterías — resopló ella —. Estoy bien como estoy, creo. ¿O no?

—¿Es que no te lo dice el espejo?

—Prefiero que me lo digas tú.

—Entonces, sigue como estás, Myra.

Ella le miró penetrantemente.

—Rick, lo mejor que ha podido sucederme en la vida es haberte encontrado a ti — confesó.

—Sí, pero no te creas que soy una de tus serpientes.

—Tienes demasiada personalidad.

—Pero me has fascinado.

—¿No serás tú, el que has fascinado a la que fascinaba a las serpientes?

Rick sonrió, a la vez que depositaba unos billetes junto a la nota de la cena.

—La discusión podría eternizarse y mañana tenemos que madrugar —evadió una respuesta concreta. De pronto, dijo—: Estoy viendo a un tipo conocido, Myra.

—Si te refieres a Tom «Bola de Sebo», hace ya rato que lo estoy viendo yo, Rick. Y todavía te diré más: durante toda la cena, no nos ha quitado ojo de encima.

—Debieras habérmelo dicho —refunfuñó él, mientras le ponía la capa de piel sobre su brevísima indumentaria.

— No quise estropearte la cena. ¿Vamos?

Pasaron por delante de la mesa ocupada por el antiguo agente de Myra. Vyve simuló no verles.

Pero Rick se detuvo un instante frente al gordo.

— Si Morgan le ha ordenado que nos espíe, sepa que nos retiramos a descansar — dijo sonriente.

— No sé de qué me habla — farfulló Vyve.

— Como mentiroso y trapacero, no tiene usted rival, Tom. Pero no se cruce en nuestro camino… a menos que quiera perder quince o veinte kilos a fuerza de disgustos.

La cara de Vyve tomó un acentuado color escarlata. Rick ya no dijo nada más y salió a la calle.

Apenas le vio cruzar el umbral, Vyve sacó lo que parecía un paquete de cigarrillos y dijo:

— Pete, ya salen. Pégate a ellos.

— Está bien, Tom — contestó Pete «El Bisojo».

Rick y Myra caminaron a pie. La casa del joven no estaba demasiado lejos y resultaba absurdo tomar el coche para recorrer un trecho tan corto.

Caminaron un par de cientos de metros. De pronto, Rick dijo

— Myra, no vuelvas la cabeza, pero nos siguen.

— ¿Tom? — preguntó ella, acatando la indicación.

— No. Es otro tipo, más delgado y alto. Creo haberle visto ya antes,

pero no me habría fijado en él, a no haber sido por el encuentro con Vyve.

—Se ve que Morgan quiere estar bien informado de todos nuestros movimientos, ¿no?

—Eso parece, pero voy a ver si le doy una lección al tipo. Tú sigue caminando normalmente, querida.

—Sí, Rick.

Pronto doblaron una esquina. Entonces, Rick, con gesto rápido, metió a la muchacha en una puerta próxima.

Él se quedó solo junto a la esquina. A los pocos momentos, Pete asomó la cabeza por allí.

Unos dedos de hierro lo agarraron por la nuca y lo sacudieron con fuerza, hasta que los dientes del soplón castañetearon. Luego, Rick le hundió el puño en el estómago.

Pete se dobló con un gemido de agonía. Rick le registró rápidamente y no tardó en encontrar el transmisor de radio, disfrazado de paquete de cigarrillos.

—¿Con quién te comunicas? —preguntó.

Pete le dirigió una mirada bizqueante. Rick amenazó con golpearle de nuevo.

—Tom Vyve — dijo en seguida el soplón.

—Está bien.

El puño de Rick actuó por segunda vez. Pete «El Bisojo» se desplomó instantáneamente sin conocimiento.

—Vencedor por K.O. — dijo Myra desde la puerta.

Rick sonrió mientras arrastraba al rufián hasta aquel lugar. Luego, por medio del transmisor y disfrazando un tanto la voz, dijo:

— Venga, rápido; hay algo interesante que quiero que vea.

— Está bien, Pete — respondió Vyve en el acto—. ¿Dónde te encuentras?

— Esquina Tercera Estrella con Noveno Cometa.

— Enterado, Pete.

Rick guardó el transmisor. Luego hizo un guiño a la muchacha.

Ella sonrió. Esperaron.

Cinco minutos después, sonaron pasos en las inmediaciones. Pick se apostó de nuevo en la esquina.

Vyve hizo su aparición un segundo más tarde. Un puño cayó con indescriptible violencia hacia su cara.

El gordo lanzó un rugido de dolor. Rick golpeó de nuevo y Vyve cayó de espaldas, con los pies por alto y las narices sangrantes.

— La curiosidad es la madre de todos los vicios — dijo en tono doctoral, a guisa de despedida.

Vyve no puso objeciones al refrán. La pérdida de conocimiento se lo impedía.

* * *

Cuando entraban en casa, sonó el timbre del fonovisor.

Rick corrió a dar el contacto. La cara de Cullican apareció en imagen.

— Hola, Rick. ¿Dónde has estado? Te he llamado varias veces...

— Dispensa, Davy; había salido a cenar — contestó el joven—. ¿Sucede algo? — preguntó.

—Tú tenías razón. El accidente del avión del asesino fue provocado.

—Si Morgan dispuso el crimen, no me extraña en absoluto. ¿Una bomba, Davy?

—Sí, disparada por medio de una señal radioeléctrica. También hemos encontrado otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Restos de una pequeña emisora de televisión.

Rick contuvo una maldición.

—Eso significa que Morgan estuvo presenciando en directo el asesinato de Julio Verne —dijo.

—Sí, y de este modo supo también que sus órdenes se habían cumplido. Luego, cuando el avión estuvo a buena altura, disparó la señal y la bomba explotó.

—Lo cual significa que el asesino ya no dirá quién le mandó matar a Julio.

—Exactamente — suspiró Cullican —. Y sin pruebas; como comprenderás, es imposible proceder contra ese pirata.

—Quizá tengas razón, pero yo no pienso dejar impune la muerte de Julio. Era mi amigo, ¿comprendes?

—A mí también me gustaría darle un disgusto a Morgan, pero, por

ahora, no veo el procedimiento, Rick.

—Bien, ya encontraré yo algo para quitarle el sueño. ¿Crees que se puede obtener alguna pista de los comerciantes de aparatos electrónicos?

—Tratas de sugerirme que encontremos al que vendió la cámara de televisión y demás.

—Justamente, Davy.

—Ya estamos en ello, no nos dormimos, Rick. Y también hemos identificado al asesino.

—¿Quién era?

—Un tal Larry Phelps. Sospechamos que fue el autor del asalto al Banco, que se produjo últimamente.

—Un poco raro, ¿no?

—Uno de mis subordinados opina que tal vez Morgan le hizo presión, conociéndole autor de ese robo. Pudiera ser, Rick.

—A mí no me extrañaría nada. Ese sujeto es capaz de todo —concluyó el joven.

## CAPÍTULO X

Una vez se hubo detenido el aparato, saltaron al suelo. Rick, previsor, había adquirido sendos sombreros de anchas alas.

— El sol pega fuerte aquí — dijo.

— Me gustaría tostarme — sonrió Myra.

— Estarías muy guapa, pero dentro de dos horas tendrías la cabeza ardiendo — contestó Rick—. No sólo el calor de nuestro sol, sino también el interno de Neojúpiter, que se refleja externamente y llega aquí.

Myra contempló unos instantes el gigantesco planeta que se alzaba ante ellos, ocupando una buena parte del horizonte visible. Era una hermosa visión, aunque, al mismo tiempo, infundía un vago temor. Parecía como si en cualquier momento fuesen a precipitarse sobre aquel colosal cuerpo terrestre que parecía llenarlo todo con su masa.

En la superficie de Neojúpiter y a simple vista, podían apreciarse movimientos de nubes de distintos colores. Dada la distancia, aquellos bancos de gases, todos ellos mefíticos, parecían pequeños, pero, en realidad, ocupaban extensiones de millones de kilómetros cuadrados.

—No me cansaría nunca de mirarlo — dijo ella, refiriéndose a Neojúpiter.

—Es muy hermoso, sí, pero la vida es allí imposible. Más que la atmósfera, irrespirable en condiciones normales, está la gravedad, que alcanza doce y pico de veces el valor normal de «G» Tierra.

—Es decir que yo pesaría allí…

Rick la contempló críticamente.

—Unos setecientos veinte kilos — contestó.

—No está mal, sobre todo, considerando que te gustan las mujeres gordas.

—Pero sin exageraciones — rió él.

Cargó con una pequeña mochila y se colgó del hombro un fusil.

Myra entornó los ojos.

—Vas armado — observó.

—Después de lo que le pasó al pobre Julio, no puedo descuidar las precauciones — contestó Rick ceñudamente.

Echaron a andar. A los pocos minutos, llegaron al borde de una colosal cortadura, de más de dos kilómetros de profundidad. Era un hoyo gigantesco, cuyos límites quedaban más allá del horizontal.

—De modo que le llaman el «Hoyo del Terremoto» porque fue la causa del que asoló a Vorsov hace ocho años.

—Sí — confirmó Rick—. Las causas no se pueden expresar con

exactitud, pero un bloque de unos mil doscientos kilómetros cúbicos se despegó de aquí y voló al espacio. Un kilómetro cúbico tiene mil millones de metros cúbicos. Multiplica por, aproximadamente, siete coma cinco, que es la densidad media de la roca, y tendrás el peso en toneladas.

Myra se estremeció.

— Estoy reñida con las matemáticas — declaró.

— Entonces, te lo diré yo. El peso aproximado de ese bloque ascendía a unos mil quinientos billones de toneladas, es decir, mil quinientos millones de millones.

— Basta, no sigas. La cabeza me da vueltas.

Y, de repente, Rick empezó a pensar que no se le había ocurrido hasta entonces.

— ¿Y si el descenso de presión fuese debido a un desequilibrio de la gravedad vorsoviana? — murmuró.

— ¿Qué decías, Rick? — preguntó la muchacha.

— Nada, no tiene importancia. Sigamos.

* * *

Descendieron más decenas de metros siguiendo unos senderos

naturales en la abrupta ladera rocosa. Rick llevaba en la mano un aparato, cuyas indicaciones contemplaba atentamente.

En el suelo no había la menor traza de vegetación. El paisaje era horrendo y, por lo mismo, atraía de un modo extrañamente morboso.

Rocas rojizas y negruzcas eran la tónica general del panorama. Sin embargo, Rick no le prestaba gran atención.

De repente, lanzó una exclamación:

— ¡Ah, aquí hay algo!

Myra se le acercó, curiosa.

— ¿Qué has encontrado, Rick?

— Indicios de «s/uranio», Myra.

— Yo no entiendo absolutamente nada de geología — declaró ella—. ¿Qué es el «s/uranio», Rick?

— En términos vulgares, una sal de uranio de escasísima radiactividad, prácticamente nula. Se le llamó «suburanio», pero ha quedado en «s/uranio».

— Y ¿cuáles son sus efectos?

— Bueno, más que efectos, cabe hablar de propiedades — sonrió Rick —. En primer lugar, su prácticamente nula radiactividad, lo que lo hace inofensivo para los seres humanos, a menos que se esté expuesto a sus radiaciones durante larguísimos períodos de tiempo, años, incluso. Ahora bien, eso se evita con un ligero blindaje, lo que, en una astronave, significa un enorme ahorro de peso.

— Voy entendiendo, Rick — dijo Myra.

— Por otro lado, aunque menos energético que el uranio o el plutonio, se encuentra en estado casi natural, de tal modo que no necesita transformación en ninguna planta convertidora. Tal como se extrae de la mina, va a parar a los hornos de combustión de las astronaves. Se necesita un treinta por ciento más que del uranio o plutonio convencionales, pero su baratura compensa de sobra ese gasto,

— Sigue — invitó ella, con la sonrisa en los labios —. Empiezo a encontrar fascinante la geología.

— Y otras ciencias — contestó Rick —. Si no emite apenas radiaciones, si es barato y fácil de obtener y tiene un poder altamente energético, comprenderás que es el combustible ideal para las astronaves. Ahora bien, los yacimientos de «s/uranio» son más bien escasos y muy buscados.

— Eso elevará el precio, a consecuencia de la demanda.

— Bueno, no excesivamente, porque, de lo contrario, se usaría el uranio o plutonio convencionales, Los

yacimientos son escasos, es cierto, pero todos están localizados.

— Y explotados.

— Sí. Se puede decir que en Vorsov hay tres empresas de importancia: Morgan, McKay y otro de menor entidad. Los restantes competidores apenas si se pueden tomar en consideración.

— Pero Morgan está monopolizando el «s/uranio». ¿Por qué?

— Probablemente, McKay y los demás están agotando sus yacimientos y él lo sabe.

— Lo cual significa que su mina de «s/uranio» es muy rica.

— Indudablemente... Ah, aquí señala la aguja el punto más alto — exclamó él de pronto.

Rick se detuvo ante una pequeña grieta en la rocosa. A su izquierda, se abría una ancha hondonada de varios cientos de metros de profundidad, llena en su fondo de rocas precedentes de desprendimientos.

— Toma el detector, Myra — indicó él.

La joven obedeció. Rick sacó un martillo de geólogo y dio unos cuantos golpes en las rocas de la entrada.

Arrancó un pequeño fragmento y lo guardó en una bolsa. Luego, sacando una linterna, se introdujo por la grieta.

Myra le siguió sin vacilar. A los diez pasos, Rick y la muchacha se detuvieron ante un espectáculo increíble.

Rick no tardó en reaccionar. Utilizó de nuevo el martillo y,

golpeando aquí y allá, arrancó varias muestras, que guardó también en su bolso.

Al terminar, se volvió hacia la joven.

— Myra, creo que esto que hemos visto empieza a explicar muchas cosas — dijo.

Ella asintió.

— Yo también lo creo así, Rick — concordó —. ¿Qué piensas hacer ahora?

— Hablar con el capitán Cullican, aunque me temo que no podrá ser mucho lo que le permita la ley.

— ¿Por qué, Rick?

— Morgan no es tonto, querida. Tengo la seguridad de que el yacimiento está debidamente registrado, de una forma irrebatiblemente legal.

— Parece lógico, en efecto. Pero aquí hay una riqueza fabulosa...

— Para conseguir la cual, basta solamente golpear en las paredes con un pico. Bueno, ¿regresamos?

— Lo que tú digas, Rick.

Emprendieron la vuelta bajo un calor sofocante. Poco a poco, ganaron altura nuevamente.

Cuando llegaban al borde del gigantesco hoyo, vieron a unos doscientos metros de distancia un par de enormes camiones todo-terreno. Dos individuos merodeaban en tomo al avión de Rick, parado a poca distancia.

De pronto, uno de aquellos sujetos les vio. Sin más preámbulos,


agarró un rifle con proyectiles de «s/pólvora» y abrió fuego.

# CAPÍTULO XI

— Esto no me gusta — dijo Benny Cook, cuando vio el avión estacionado a poca distancia del lugar donde se habían detenido los camiones —. Vosotros dos, mirad a ver qué encontráis en el avión. Tú, Red, vigila atentamente. Yo voy a llamar al jefe.

Los tres individuos obedecieron en el acto. Red Bates descolgó su rifle de la cabina del camión y se lo terció al brazo, mientras sus dos compinches se acercaban al avión.

Cook trepó a la cabina de su vehículo y descolgó el micrófono.

— Kellerman — llamó.

— ¿Benny? — le contestaron a los pocos segundos.

— Sí, yo mismo. Ocurre algo nada agradable.

— ¿Qué es, Benny?

— Un avión sospechoso parado cerca de la mina, Kellerman.

— ¿Hay gente a la vista?

— Por ahora, no.

— Está bien. Voy a hablar con el patrón. Te llamaré dentro de unos minutos.

— De acuerdo.

Cook no tuvo que esperar más de cinco minutos. Kellerman le llamó muy pronto.

— Benny.

— Dime, Kellerman.

— Sacúdete las pulgas a fondo.

Cook sonrió.

— Entendido, Kellerman — contestó —. Déjalo de mi cuenta.

— Muy bien. Llámame cuando hayas terminado la labor de desinfectación.

— Así lo haré.

Cook volvió el micrófono a la horquilla.

— ¡Red! —llamó.

— ¿Sí, Benny?

— En cuanto veas a alguien sospechoso, empieza a tiros con él.

Bates descolgó el rifle del brazo izquierdo.

— Entonces, es hora ya de empezar el jaleo — contestó—. ¡Mira, Benny!

Al mismo tiempo que hablaba, se echaba el arma a la cara. Un segundo después, hizo fuego.

— ¡Eh, vosotros, las armas!—gritó Cook a los otros dos sujetos.

El proyectil de «s/pólvora» estalló a diez metros del borde de la cortadura, enviando a lo alto un estruendo surtidor de tierra y humo. Myra lanzó un chillido de susto, mientras las piedras despedidas aullaban estremecedoramente.

— ¡Al suelo, Myra! —gritó Rick.

La muchacha obedeció de inmediato. Tres o cuatro proyectiles más estallaron en las cercanías, con fragor de terremoto.

— Esos tipos vienen a por nosotros —masculló Rick, mientras buscaba una posición para contestar a los disparos de sus atacantes.

— Tenías razón al traerte el rifle —dijo Myra, muy pálida.

Rick hizo un gesto de asentimiento.

— Casi me lo presentía — contestó —. Anda, ven por aquí.

Ella le siguió, agachada, mientras los proyectiles estallaban en el borde o en sus inmediaciones, a unos metros por encima de sus cabezas. El estruendo era ensordecedor.

— Usan rifles de dieciséis milímetros — identificó él.

— ¿Son más potentes que el tuyo? —preguntó Myra.

— La bala contiene seis gramos y medio de «s/ pólvora». Lo que significa casi un ciento cinco del siglo pasado.

Una bala estalló muy cerca y los trozos de roca se expandieron silbando como metralla. De pronto, Rick divisó Un pedrusco saliente, en el que creyó encontrar un buen parapeto.

— Myra, quédate ahí, agachada —indicó —. Si alargan el tiro, las balas caerán al fondo, y si disparan corto, las explosiones no te alcanzarán.

Era un razonamiento lógico, dada su posición. El pedrusco era

de forma piramidal y sobresalía del borde un par de metros. Su superficie era muy irregular.

A un metro de la base, Rick encontró una especie de hendidura, casi una aspillera natural. Los atacantes seguían disparando hacia el sitio donde les habían avistado, si bien barrían ahora una extensión mayor de terreno.

El cargador de su rifle contenía doce disparos. Rick lo colocó en tiro semiautomático y tomó puntería.

La bala pegó en el motor del primer camión, que estalló en llamas inmediatamente. Acto seguido, Rick envió una andanada de proyectiles a las inmediaciones de sus atacantes, haciéndoles retroceder desordenadamente.

Un par de balas estallaron muy cerca, haciendo trepidar el suelo.

— ¡Esos tipos se lo han tomado en serio! — gritó Myra.

Rick asintió.

Se acordaba de su amigo Julio Verne. Ya no le cabía la menor duda de que sus atacantes estaban dispuestos a eliminarlos.

Una bala estalló muy cerca de la base de la roca y Rick sintió perfectamente la conmoción del estallido. Renovó el cargador y disparó dos o tres veces seguidas.

A los pies de Bates se elevó un surtidor de fuego y piedras. Cuando la humareda se disipó, el sujeto yacía despedazado en el suelo.

Los otros sintieron pánico.

— ¡Vamos, fuego, fuego! —gritó Cook —. Sólo es uno...

Fue lo último que dijo. El siguiente proyectil le alcanzó de lleno en el cinturón, pero ya no se enteró.

Los dos forajidos restantes se aterraron al ver los despojos humanos que salían disparados en todas direcciones. Sin esperar a

más, arrojaron las armas al suelo y corrieron hacia el otro camión, que permanecía intacto.

— ¡Ya huyen! —gritó Rick jubilosamente.

El vehículo arrancó, dio media vuelta y partió a escape. Rick abandonó su parapeto.

— Ya puedes subir, Myra.

La joven empezó a trepar por el escarpado. Rick alargó una mano y la ayudó a salir a la llanura.

— Creí que no lo contábamos — dijo.

Rick pasó un brazo sobre sus hombros.

— Hemos tenido suerte, la verdad — confesó.

— ¿Crees que trabajaban para Morgan?

— No cabe la menor duda, Myra.

— ¿Te harán algo a ti? — preguntó ella en tono aprensivo.

— Bueno, ha sido un caso de legítima defensa. Ellos empezaron primero.

— Espero que el juez lo admita así.

— No creo que haya demasiados problemas al respecto — declaró él confiadamente —. ¿Vamos?

Momentos después, emprendían el vuelo.

A los pocos minutos, divisaron el camión, que corría a toda velocidad en dirección a Capital, dejando tras sí una espesa estela de polvo.

Rick ganó altura.

— No conviene que nos vean — dijo.

— ¿Por qué? Se supondrán que vamos a Capital...

— Ya lo verás cuando lleguemos — respondió el joven.

* * *

— De modo que el yacimiento de «s/uranio» está allí — dijo Cullican.

— Así es, Davy — contestó Rick—. Nosotros tuvimos más suerte que el pobre Julio... o quizá no le dieron tiempo a encontrarlo. La riqueza de ese yacimiento es inmensa, créeme.

Cullican se acarició la mandíbula.

— Pero es de suponer que le pertenezca legalmente — adujo.

— No se me ocurriría pensar de otro modo, Davy —contestó Rick—. Hay un pozo perforado en la superficie, de unos ciento veinte metros de profundidad y hábilmente disimulado en la superficie, por donde suben los fragmentos de mineral. El túnel que vimos diríase que no tiene fin. Basta golpear con el martillo para sacar cinco o seis kilos de combustible.

— Que luego él vende al precio que quiere.

— La ley le apoya, Davy.

Cullican hizo un gesto de asentimiento.

—Eso es verdad, pero sólo hasta cierto punto —contestó—. En Vorsov, la libertad de empresa no puede entrar en conflicto con el interés público.

—Bueno, esos son ya tecnicismos legales, de los cuales yo no voy a ocuparme. En lo que a mí se refiere, ya tienes mi informe de lo sucedido.

—¡Ellos dispararon primero! —exclamó Myra.

Cullican sonrió ante la vehemencia de la joven.

— No me cabe la menor duda —contestó—. Rick, ¿identificaste a alguno de los muertos?

— Sólo a uno. Al otro, la verdad, no pude resistirlo.

— Comprendo. ¿Cómo se llamaba?

— Según su documentación, Red Bates.

— Sí, lo conocía. Era un «hombre para todo», al servicio de Morgan. No me extraña que dispararan contra ustedes al verles husmeando por allí. Bien, Rick, puedes irte tranquilo; yo me encargaré del resto.

— Gracias, Davy.

— Tratar con usted es un placer, capitán—sonrió Myra.

— Lo malo es que no todos los días entran en mi despacho chicas tan guapas — contesto el policía

Myra se sonrojó. Rick, ya en pie, preguntó.

— ¿Qué piensas hacer, Davy?

Cullican consultó su reloj.

— De Capital al Hoyo del Terremoto hay mil doscientos kilómetros. En el mejor de los casos, ese camión no llegará aquí antes de doce horas.

— Entiendo, Davy.

— ¿Por qué no usaron aeroplanos? —se extrañó Myra.

— Podrían emplear aviones de carga, desde luego — contestó Cullican—, pero tendrían que trasbordar el «s/uranio» en el aeropuerto a los camiones de carga. Incluso, aunque empleasen cajones, sería una operación presenciada por muchos ojos indiscretos. A Morgan le convenía precisamente lo contrario.

— Los camiones llegan, supongo de madrugada y se dirigen directamente a sus almacenes — opinó Rick.

— Justamente. Muchos camiones entran y salen de Capital y nadie se preocupa por su carga. Con un avión ya es distinto; las autoridades del aeropuerto tienen que actuar en todos los vuelos, cualquiera que sea su finalidad—, respondió el policía.

Rick y Myra abandonaron el despacho.

— ¿Y ahora? — preguntó ella, una vez en la calle.

— El resto es cosa de Davy Cullican, nena — respondió Rick.

* * *

El conductor del camión vio la lámpara que despedía potentes destellos rojos, con intermitencias regulares, y aplicó los frenos. Sacó

la cabeza por la ventanilla de cabina y preguntó:

— ¿Sucede algo, agente?

Un chorro de luz cayó de lleno sobre él y su acompañante. Un hombre uniformado se acercó al .vehículo.

— Soy el capitán Cullican — se presentó—. Hagan el favor de apearse.

Los dos ocupantes entrevieron más uniformes rodeando el vehículo. Resignados, se apearon y se dejaron registrar sin la menor protesta.

Un sargento subió a la cabina.

— Hay dos rifles calibre dieciséis, capitán — anunció.

— Muy bien, Verán, haga que los lleven a jefatura.

— Sí, señor.

Cullican se enfrentó con los dos abatidos maleantes.

— Según el rótulo, este camión pertenece a la Minera «S/uraniana» — dijo.

El conductor se encogió de hombros.

— ¿Para qué negarlo? — contestó.

— Ustedes trabajan para Duff Morgan.

— Sí, capitán.

— Creo que ayer a medio día uno de los camiones del señor Morgan sufrió un accidente. ¿Es eso cierto?

El conductor cambió una mirada con su compinche.

— Usted quiere saberlo todo, ¿no es cierto, capitán?

Cullican ocultó una sonrisa.

— Bueno, es mi oficio — contestó.

— Pero podría ayudarnos...

— Creo que le comprendo, amigo. Usted pide benevolencia a cambio de información.

— Sí, capitán.

— Bueno, no puedo prometerles nada, salvo que les ayudaré cuanto pueda. En fin, la justicia siempre está dispuesta a ayudar a los ciudadanos que colaboran con ella. ¿Entendido?

— Sí, capitán.

— Entonces, no se hable más. Suban a mi coche; en mi oficina hablaremos con más comodidad.

# CAPÍTULO XII

Rick y Myra, sentados en primera fila, se apoyaban en la barandilla de la tribuna destinada al público. Debajo de ellos, a unos pocos metros, se hallaba la semicircunferencia de bancos ocupados por los componentes de la municipalidad.

En el centro del semicírculo había tres hombres: Morgan, Kellerman y el abogado del primero. Morgan, sobre todo, parecía muy nervioso.

Myra lo advirtió en seguida. Rick hizo un gesto de asentimiento.

— Motivos tiene para ello—dijo.

— Pero, en medio de todo, saldrá bien librado. No se le ha podido probar la culpabilidad en la muerte del pobre Julio.

— Aún no me doy por vencido —contestó Rick—. Sin embargo, para ciertos tipos, el ataque a su bolsillo es mucho peor que una condena severa.

Los bancos de la municipalidad estaban vacíos, en contraste con las tribunas de público y periodistas.

— Tardan demasiado — dijo Myra.

— Algunos concejales se oponen al

proyecto — contestó Rick.

— ¿Amigos de Morgan?

— Amigos de su dinero, Myra.

— Comprendo. Sin embargo, espero que el interés general se sobreponga al de unos cuantos.

— Yo también lo espero así—declaró Rick.

Pasaron algunos minutos. De pronto, un mujer abrió una puerta situada al fondo al mismo que decía:

— ¡Atención! ¡Todos los presentes, en pie!

Un par de cientos de personas se levantaron. Las cámaras de televisión recogían el acto y lo transmitían en directo.

El alcalde y los concejales entraron en la sala y ocuparon sus puestos. Una vez hubieron tomado asiento, los espectadores pudieron sentarse también.

El alcalde hizo un gesto con la mano. Un secretario se puso en pie y leyó:

— El acuerdo que ha tomado la municipalidad de Capital, por mayoría absoluta de votos, y en representación del pueblo vorsoviano es de expropiación legal de la mina de «s/uranio», situada en.

Los aplausos de los presentes ahogaron el resto de la lectura. Myra se agarró con fuerza al brazo de Rick.

— ¡Es maravilloso! — dijo.

Rick sonreía.

— Quisiera que Julio hubiese podido oír este veredicto — murmuró.

Morgan estaba pálido de rabia. Su abogado se levantó y dijo:

— ¡Señor alcalde, la ley me autoriza a presentar recurso contra esta decisión!

— Está usted en su derecho, abogado — contestó el alcalde —. No obstante, la explotación de la mina por parte de la municipalidad dará comienzo inmediatamente. Si su defendido ganase el recurso, se le indemnizaría adecuadamente, como se le indemnizará por todos los gastos que haya podido hacer para poner el yacimiento en explotación.

— Gracias, Señoría.

— Es una protesta formularía — cuchicheó Rick—. Morgan tiene perdido el pleito. El pueblo no permitiría que continuase con su monopolio de «s/uranio».

Morgan se puso en pie, dirigió una mirada hacia el palco. Sus ojos, que rebosaban furor, se cruzaron con los de Rick.

El joven mantuvo impertérrito la mirada que le dirigía Morgan. Myra, por el contrario, se estremeció.

— Ese hombre me da miedo — dijo —. Tengo la sensación de que no descansará hasta vengarse de nosotros.

— En su lugar, yo dejaría de pensar en la venganza y me aplicaría a gastar el dinero que le van a dar

como compensación por la expropiación — contestó Rick.

De pronto, el ujier exclamó:

— ¡Atención todos los presentes! ¡De orden de la municipalidad, todos cuantos están aquí, incluidos periodistas y empleados de la televisión, abandonarán la sala! ¡Se va a celebrar una sesión a puerta cerrada!

Rick empujó a la muchacha hacia la salida.

— ¿De qué van a tratar ahora? — preguntó ella.

— Querida, eso es algo que no nos concierne en absoluto — respondió Rick, satisfecho.

Pero se equivocaba.

* * *

El alcalde hizo una señal con la mano. A los pocos segundos, entró en la sala el doctor Estóbiz.

— Doctor, creo que tiene algo importante que comunicarnos — dijo el primero.

— Así es, alcalde — contestó Estóbiz —. Y no perderé mucho tiempo en declararlo. Vorsov se está quedando sin su atmósfera.

Hubo un momento de atónito silencio. Dos docenas de pares de ojos se clavaron en el rostro del científico.

— Siga, doctor — invitó el alcalde—. Expresе las causas por las cuales,

en su opinión, estamos en peligro de quedarnos sin aire respirable en Vorsov.

— Es muy sencillo — dijo Estóbiz—. Se basa en una alteración del equilibrio gravitatorio de Vorsov. De momento, el satélite perderá la atmósfera. Mucho más adelante, cuando su órbita se vaya haciendo más y más pequeña en tomo a su planeta, acabará por precipitarse en la superficie de Neojúpiter.

— ¿A qué se debe esa alteración gravitacional, doctor?— preguntó un concejal.

— Hace unos seis años, Vorsov perdió un fragmento cuyo peso se ha evaluado, *grosso modo,* en unos mil quinientos billones de toneladas. Cálculos muy detallados permitieron averiguar que en el equilibrio gravitatorio del satélite entraban factores que lo hacían relativamente inestable. Bastó esa pequeña pérdida de peso, para que, al perder masa consiguientemente, se iniciara la fuga de la atmósfera al espacio exterior, dado que la gravedad de Vorsov se ha reducido lo justo para no poder retener el aire respirable como hasta ahora.

— ¿Cuál es la pérdida de gravedad, doctor? — preguntó otro de los asistentes.

— Muy poca, aunque ya he dicho que el equilibrio gravitatorio era relativamente inestable. Hablando en términos terrestres, se diría que el kilogramo, aquí, en Vorsov, y después de ese accidente, pesa novecientos noventa y ocho gramos y medio.

— ¿Y eso es suficiente para que Vorsov deje de retener la atmósfera?

— Así es, caballeros. La pérdida es regularmente constante, del orden de uno a dos milibares diarios. Antes de dos años, tendremos en Vorsov una presión similar a la de una montaña terrestre de tres mil metros de altitud. Un año después, con mucho optimismo, la presión será de cuatrocientos setenta y cinco milibares, equivalente a seis mil metros de altitud terrestre. En resumen, antes de cinco años, Vorsov se habrá quedado sin atmósfera.

«Por tanto, si se quiere poner remedio a este estado de cosas, debe empezarse de inmediato — concluyó Estóbiz dramáticamente.

— ¿Conoce usted alguna solución, doctor? — preguntó otro concejal.

— Dos — respondió el interpelado—. La primera es iniciar de inmediato la evacuación de Vorsov.

— Será la ruina de todos — gimió alguien.

— Vale más estar arrumado y vivo — dijo Estóbiz, implacable.

— Doctor, ¿cuál es la otra solución? — quiso saber el alcalde.

— Es muy sencilla, aunque será costosa, en tiempo, en hombres y en dinero. Pero Vorsov es ya un hermoso mundo y merece que lo conservemos. Podemos restablecer el equilibrio gravitacional y todo volverá a la normalidad, si bien es lógico que ya no podremos recobrar el aire que se escapa al espacio. O, en todo caso, costará mucho tiempo...

— La solución, la solución — gritaron algunos.

— Vorsov debe recobrar su antigua masa e incluso un poco más, con lo que se restablecerá el equilibrio gravitatorio y así podrá retener en lo sucesivo una atmósfera perfectamente respirable.

* * *

Linus Ocker, abogado de Morgan, miró a su cliente e hizo un

signo negativo con la cabeza.

— Presentaré el recurso, porque es mi obligación, pero debo advertirle que tiene perdido el pleito — dijo.

Morgan bramaba de furor.

— Perdido, perdido...—repitió—. ¿Cómo puede decir eso, si ni siquiera conoce aún el veredicto del Tribunal Superior?

— Señor Morgan, es hora ya de que se dé cuenta de que estamos en pleno siglo XXII y que las leyes se aplican hoy con gran flexibilidad. El Tribunal Superior se apoyará en sentencias anteriores, sobre casos muy similares. Por otra parte, no se puede decir que sean tacaños al indemnizarle...

— ¡Pero es que yo quería ser el único vendedor de «s/uranio»!—gritó Morgan en tono descompuesto—. ¿Es que no lo comprende?

Ocker se encogió de hombros y recogió sus papeles para volverlos al portafolios.

— Señor Morgan, yo siempre le he aconsejado lealmente— manifestó —. Si no quiere hacerme caso, está en su derecho al contratar a otro abogado. Quizá él encuentre un resquicio legal para anular la decisión de la municipalidad, pero habrá de permitirme que le exprese mis dudas al respecto.

Morgan emitió un bufido.

— Entonces, ¿no hay solución?

— No, no la hay — contestó en tono tajante el abogado —. El municipio se ha apoyado en las leyes antimonopolio y los argumentos de sus abogados son de una solidez irrefutable. La «Ley de Interés Público» está muy clara al respecto y las poquísimas dudas que pudieran existir, serán interpretadas en su contra por el Tribunal Superior.

Morgan calló unos instantes.

— Está bien — dijo de pronto—. Admitamos que pierdo el recurso. Pero dígame una cosa, Ocker.

— ¿Sí, señor Morgan?

— Esa ley... la de Interés Público que usted ha citado, ¿sobre qué terrenos tiene aplicación?

— No le entiendo — dijo—. Los términos están bien claros.

Morgan sonrió malignamente.

— La Ley de Interés Público, ¿se refiere exclusivamente a hechos y acciones que tengan lugar sobre bienes muebles e inmuebles asentados en la superficie o el subsuelo de Vorsov?

— ¡Por supuesto, señor Morgan!

— Pero no menciona para nada el

espacio exterior.

—¿Y por qué habría de mencionarlo?

—Mil gracias, amigo Ocker —contestó Morgan—. Puede retirarse.

El abogado se marchó, desconcertado, sin entender lo que su cliente había querido decirle. Morgan, satisfecho, se sirvió una buena copa y encendió un grueso habano.

Después tocó el timbre.

Ziri entró casi en el acto.

—¿Señor Morgan?

—Tino, quiero que pongas atención. Hagg debe ser vigilado constantemente, a cualquier hora del día o de la noche. No me importa el dinero que se gaste, no regatees medios ni hombres, pero quiero estar puntualmente informado del menor de sus pasos, ¿entendido?

—Sí, señor Morgan.

— Ah, y en cuanto a Pete «El Bisojo» y a Tom Vyve, considéralos perdidos. ¡Que se vayan al infierno! — concluyó Morgan.

## CAPÍTULO XIII

— Su difunto amigo Verne fue muy exacto — dijo McKay—. La riqueza media de los bloques que me trajo usted es del veinticinco coma ochenta y siete por ciento.

— Entonces, le debo dinero — sonrió Rick.

McKay agitó una mano.

— Aún he salido ganando — contestó —. Pero me gustaría hablar de negocios con usted.

— Adelante, señor McKay.

— Rick, usted ha encontrado un buen filón. No obstante, lanzar de golpe grandes cantidades de oro, podría acarrear trastornos financieros.

— Eso tengo entendido — concordó el joven.

— Pero se pueden realizar prudentes extracciones de mineral, de modo que no baje el oro o, en todo caso, sea una baja mínima. Le propongo

que se asocie conmigo. O dicho de otro modo, ¿me acepta como socio?

Rick sonrió.

—¿En qué condiciones, señor McKay?

—Los gastos de mi cuenta—dijo el comerciante sin rodeos—. Incluyendo este capítulo, para mí el veinte por ciento.

—Es usted muy modesto. El treinta.

—No sea derrochón, Rick.

El joven se echó a reír.

—Señor McKay, ¿qué me importan dos millones más o menos? O aunque sean diez. Pero en usted he encontrado un hombre honrado y me parece que el veinte por ciento es poco.

—Entonces, dejémoslo en el veinticinco y los gastos por mi cuenta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Los dos hombres se estrecharon las manos por encima de la mesa. Rick sabía que aquel gesto, con McKay, valía más que todos los documentos firmados.

Para celebrarlo, tomaron unas copas. Luego de un par de buenos tragos, McKay dijo:

—Rick, le hizo usted una buena jugarreta a Morgan. Pero se la merecía.

El joven contempló pensativamente el fondo de su copa.

— Sí, aunque él sigue vivo y mi amigo Veme está muerto — contestó.

— Créame que lo siento, muchacho.

Rick meneó la cabeza.

— Ya nada se puede hacer—dijo desanimadamente—. Nunca podremos probar que él pagó al asesino... Está bien, dejemos el tema.

De pronto, consultó el reloj.

— ¡Rayos, se me está haciendo tarde! —exclamó—.

Casi lo había olvidado... Myra debe de estar hecha una fiera... ¿Quiere venir conmigo, señor McKay?

— ¿Adónde? — preguntó el comerciante, extrañado.

— Necesito un par de firmas de testigos — contestó Rick sonriendo —. Usted será uno de ellos.

McKay accedió. Un cuarto de hora más tarde, llegaban al lugar donde Rick tenía su cita.

Era una pequeña capilla y Myra esperaba ya junto al altar.

— Caramba, nada menos que su boda — dijo McKay, atónito.

Myra estaba guapísima con su traje de novia. Minutos más tarde, se convertía en la señora Hagg.

* * *

Rick alzó en brazos a su flamante esposa.

— Ya he entrado en esta casa más de

una vez — dijo Myra.

— Sí, pero antes no eras mi mujer— contestó él sonriendo.

Haciendo equilibrios, consiguió abrir la puerta. Entonces vio que tenían un visitante.

— ¡Tom! — gritó la muchacha.

Rick dejó a Myra en el suelo.

— Lárguese de aquí, Vyve — dijo.

El gordo parpadeó.

— ¡Te has casado con él, Myra! — exclamó.

— Eso era algo que se veía venir, ¿no cree? — contestó Rick sarcásticamente.

— Lástima — suspiró Vyve—. Ahora que te había encontrado un buen contrato, Myra...

— Se acabó la danza de las serpientes, Tom —dijo ella—. Vamos, fuera de mi casa.

Se volvió hacia Rick.

— Puedo decir «mi casa», ¿no? — consultó.

— Claro que sí, cariño — rió él—. ¿Ha oído, Vyve?

— Estoy arruinado — lloriqueó el sujeto.

— Pero ¿no le había dado Morgan un empleo?

— Me ha despedido. Ayer, sin más explicaciones...

— Le falló usted como espía —

adivinó Rick.

— Hay cosas para las que no sirvo — se lamentó Vyve.

— Salvo para alcahuete — dijo Myra aceradamente.

— Bueno, yo creía hacerte un bien...

Myra levantó la mano, pero se contuvo a tiempo.

— No, en el día de mi boda, no — dijo.

— Bien, Vyve, ya no hay más qué hablar...

— Espere, señor Hagg — exclamó el gordo—. Quiero darle unos informes bastante buenos. Sólo le pido a cambio una cosa.

— ¿Cuánto? — preguntó Rick, impasible.

— El precio de un pasaje de vuelta a la Tierra y diez mil unidades.

— ¡Ladrón! —le apostrofó Myra.

Rick extendió una mano.

— Calma, nena — dijo—. Hable, Vyve.

— Morgan ha dado órdenes de vigilarle a usted día y noche. Sé que emplearán muchos hombres, pero no va a dar un solo paso sin que él lo sepa.

Myra volvió los ojos hacia su esposo, muy preocupada.

— Esto no me gusta, Rick — manifestó.

— Tampoco a mí — concordó él —.

¿Qué más, Vyve?

— No sé mucho más, salvo que...

— Vamos — gruñó Rick—. Suéltelo de una vez.

— ¿Me dará lo que le he pedido?

— Es un robo, Rick — protestó Myra.

— Espera. Quizá valga la pena. Hable ya, Vyve.

— Está bien. Kellerman ha ido un par de veces al Registro de Propiedad de Elementos Naturales.

Myra se extrañó de la respuesta.

— ¿Qué es eso, Rick? — inquirió.

— En ese registro se inscriben las propiedades que no se refieren a casas o construcciones edificables ni a terrenos de cultivo — contestó Rick.

Ella palideció.

— Creo adivinar — dijo.

— Yo también — murmuró Rick—. ¿Eso es todo, Vyve?

— Todo, capitán. Ya no le puedo decir más, porque no sé...

— Aguarde un momento.

Rick se dirigió a un escritorio y abrió un cajón. Sacó un talonario de cheques y escribió una cifra.

Luego regresó junto al individuo.

— Aquí tiene, Vyve — indicó al entregarle el cheque—. Veinticinco mil. Sobra para el pasaje, que no llega a nueve mil unidades. Pero

como vuelva a verle en Vorsov, le haré arrepentirse de no haberse marchado a la Tierra.

— Le juro que no me quedaré...

Rick cerró de un portazo. Luego se volvió hacia su esposa.

— Me siento aprensiva — confesó Myra.

— Yo también — masculló el joven. Avanzó hacia ella y la abrazó con fuerza —. Pero, ¿por qué no probamos a olvidar por unos momentos a ese forajido?

Myra le dirigió una hechicera sonrisa.

— Estoy dispuesta — contestó, a la vez que rodeaba con sus brazos el cuello de su flamante esposo.

* * *

Tom Vyve salió del hotel, con un maletín en la mano. Se acercó al borde de la acera y, casi en el mismo momento, un vehículo se detuvo a su lado.

— ¿Taxi, señor? — dijo el chófer.

— Sí. Al aeropuerto, por favor — contestó Vyve, a la vez que entraba en el coche.

Se sentó. Entonces se dio cuenta de que, debido a la noche, no había advertido de que había más pasajeros en el vehículo.

— Eh, oiga, conductor, este taxi no está libre... — protestó.

— Era el que necesitabas, Tom Vyve — dijo una voz fúnebre a su

izquierda.

El gordo volvió la cabeza. La silueta de la cara de Morgan se recortó de pronto al pasar por delante de un farol.

— U... usted... — tartamudeó, ahogándose de terror.

— Yo mismo, en efecto — admitió Morgan—. Sigue adelante y no te preocupes, Simón.

— Sí, señor Morgan — contestó Knokke.

Otro individuo se hizo visible de pronto. Ziri, agazapado hasta entonces bajo el asiento delantero, tomó una posición normal.

Vyve empezó a sudar.

— Pero ¿qué pasa? — sollozó—. Yo no les he hecho nada...

— Ayer por la tarde estuviste en casa de Hagg — dijo Morgan, impasible.

— No... no tengo por qué negarlo — contestó Vyve—. Fui a despedirme de ella... de Myra... Fui su agente durante años...

— Y, de paso, le dijiste que Kellerman había estado un par de veces en el Registro de Propiedad de Elementos Naturales.

— No... no sé de dónde... de dónde se saca usted... semejantes infundios...

— De mi excelente servicio de información, Tom. Claro, como yo te había despedido, tú pensaste

que el capitán Hagg podría pagarte bien ciertos informes. Veinticinco mil unidades, ¿no?

Vyve estaba aterrado.

«Lo sabe todo», pensó.

El taxi había abandonado ya la ciudad y rodaba velozmente por la autopista que conducía al astro-puerto. De pronto, Knokke, sin que mediase ninguna orden, tomó por un camino lateral, que no estaba iluminado.

Un kilómetro más adelante, Morgan dijo:

— Adelante, Tino.

— Sí, señor Morgan.

Ziri se volvió en el asiento y alargó el brazo. Vyve bajó la vista para contemplar el tubo que se apoyaba en su pecho, a la altura del corazón.

— ¿Qué es esto? — preguntó.

— Nada, no te preocupes, no duele en absoluto — contestó Ziri, sonriendo diabólicamente.

Y presionó un resorte.

Un punzón de quince centímetros de largo y uno de diámetro se disparó instantáneamente. Vyve gritó, se convulsionó un poco y luego se derrumbó en su asiento, con el corazón atravesado por aquella gruesa aguja.

# CAPÍTULO XIV

—En resumen, doctor, la solución es...

Estóbiz se caló los lentes y fijó la vista en los papeles que tenía sobre la mesa.

—Costosa, pero inevitable. Devolver a la superficie de Vorsov los fragmentos rocosos que salieron despedidos al espacio hace seis años.

—Pero no entiendo — dijo el alcalde —. ¿Cómo pudo «despegarse» de Vorsov una masa nada menos que de mil quinientos billones de toneladas?

—Hay una respuesta, quizá no exacta, aunque sí muy aproximada. Las explosiones que se provocaron para abrir la galería en la mina de «s/uranio» hicieron trepidar el suelo, tal vez por haber empleado una dosis excesiva de «s/pólvora». Es indudable que, en aquel sector,

había ya grietas muy extensas, y que el trozo de suelo que se despegó, estaba unido al resto del satélite por lo que se podría definir como unos muy delgados cordones de roca.

«La trepidación originada por las explosiones rompió esas débiles ataduras. El equilibrio gravitatorio se vio alterado y aquella gigantesca losa de roca salió al espacio.

— Eso lo hicieron tres hombres al servicio de Morgan — gruñó Cullican, que estaba presente en la entrevista—. Precisamente, los tres cuyos cadáveres no han aparecido.

— Debieron de quedar sepultados por algún desprendimiento de rocas — opinó Estóbiz.

— Esto es secundario, doctor. Hablemos de nuestro problema. ¿Se pueden reenviar los trozos de roca perdidos en el espacio a la superficie de Vorsov?

— Sí, alcalde. He consultado con reputados geólogos y astrónomos y todos han convenido en la viabilidad de la operación. Naturalmente, tras los más contrastados cálculos, a fin de evitar errores.

— Costará mucho tiempo — dijo Cullican.

— En un año puede estar terminada

la parte más importante de la operación. La pérdida de presión se reducirá en un noventa por ciento.

— ¿Y no recobraremos nunca el aire perdido?

— Puede ser, pero mediante un larguísimo proceso de producción de oxígeno, en el que se habrá de incluir un ambicioso programa de repoblación forestal, durante años y años, hasta conseguir un día que la mayor parte de la superficie de Vorsov esté cubierta de plantas y árboles. Ustedes ya conocen el proceso de fotosíntesis de los vegetales, transforman el anhídrido carbónico en oxígeno…

— Sí, doctor — dijo el alcalde—, todo eso lo sabemos ya. Pero háblenos de la recuperación de los fragmentos de suelo perdidos por Vorsov.

— No habrá más remedio que arrancarlos a sus órbitas actuales, por medio de cohetes instalados en ellos o bien remolcados por astronaves. También por ambos medios simultáneamente. Se situará a cada fragmento en una nueva órbita, convenientemente calculada, a fin de que vayan

volviendo sucesivamente al lugar de donde salieron.

— El orden de caída no importará —sonrió Cullican.

— No buscamos estética, sino soluciones prácticas, capitán.

— Gracias, doctor. Otra cosa. ¿Ha pensado ya en el impacto de los fragmentos de roca contra Vorsov? Algunos de ellos miden más de un kilómetro de grosor en su eje mayor.

— Bien, en una primera impresión les diré que el equilibrio gravitatorio entre Vorsov y Neojúpiter es muy delicado; por eso se produjo el «despegue» de aquel enorme fragmento de nuestro mundo. Los trozos de roca en que se dividió, están aún orbitando en el espacio, entre nosotros y Neojúpiter, aunque, claro está, cada día más cerca del planeta.

«Pero esto, que será una desventaja en el momento de arrancarlos de su actual órbita, resultará una ventaja para el momento del aterrizaje, porque la misma atracción de Neojúpiter constituirá una buena ayuda como freno para el momento de la reunión con Vorsov.

— »Es decir que los cohetes de freno podrán ser menos potentes.

— Sí, y no es preciso que se trate de un freno total. Aunque haya un

fuerte choque, mientras no pase de determinada cifra energética, Vorsov no sufrirá sino ligeros temblores que no afectarán para nada a las construcciones y a sus habitantes.

Cullican levantó una mano.

— Y aún se me ocurre otra cosa, doctor — dijo.

— Hable, capitán — pidió Estóbiz.

— Se me ocurre que vamos a tener problemas de índole jurídica y convendría que empezásemos a estudiarlos desde ahora, a fin de evitar disgustos más adelante.

— Creo que ese es un asunto de la competencia del alcalde — respondió el científico.

— Lo haré estudiar por el departamento de leyes del municipio — prometió el aludido.

— Incluso, opino, será preciso tener en cuenta a las otras ciudades de Vorsov — añadió Cullican—.

También sus habitantes tienen derecho a expresar su opinión en un problema que les afecta en igual medida que a nosotros.

— Expresar su opinión... y colaborar en los gastos.

Estóbiz se echó a reír.

— No sería usted buen alcalde si no pensara en la parte económica de la operación — dijo.

* * *

— Creo que le convendría ensanchar el área de su propiedad minera, Rick — dijo McKay.

— Bueno, es cuestión de pasarse tres o cuatro semanas en el espacio — contestó el joven.

— Morgan conoce su secreto, pero no la situación exacta del yacimiento. Hasta ahora, no ha dicho nada, y ello es comprensible, porque sabe tan bien como nosotros que si se divulgara la existencia de un yacimiento tan importante, el precio del oro caería en vertical.

— Lógico — convino Myra, que asistía a la entrevista.

— Pero una vez que sitúen las emisoras de posición, ampliando el volumen espacial de su demarcación, Morgan ya no podrá hacer nada.

— Cada vez que me acuerdo de ese hombre, me entra frío — dijo Myra.

— Es un mal sujeto — admitió McKay —. No obstante, después de su fracaso con el «s/uranio», tendrá que andarse con pies de plomo.

— No tropezará dos veces en la

misma piedra —"dijo Rick sentenciosamente.

— ¿Quién sabe? Se ha encontrado el cadáver de Tom Vyve, ya conocen ustedes la noticia. No se le puede formular la menor acusación al respecto, pero si no lo hizo él, ¿quién otro pudo hacerlo?

— Nadie. Fue Morgan, el asesino de Julio Verne.

McKay asintió.

— Es muy astuto, muy escurridizo —calificó—. Yo procuraré estar informado de sus actividades. Esos viajes de Kellerman al Registro me preocupan.

— Por ahora, no hay noticia de ninguna violación de mi propiedad.

— Pero se quedó usted un poco corto demarcándola — dijo McKay.

— Había perdido ya mucho tiempo en exploraciones y análisis. Empezaba a llegar al límite de lo prudente en cuanto a reservas de víveres, oxígenos y combustible — se disculpó Rick.

— Bueno, eso ya no importa demasiado. ¿Tiene algún plan, muchacho?

— Saldremos para el yacimiento en cuanto esté la nave preparada —

respondió Rick.

McKay fijó la vista en Myra.

— ¿También ella? — preguntó.

— Sí, señor McKay — contestó la muchacha —. ¿Qué iba a hacer en Vorsov, mano sobre mano? Al menos, allá arriba podré ayudar a mi esposo.

— Rick es un hombre afortunado — sonrió McKay—. Bien, por mi parte, eso es todo. Si necesitan algo más, pídanlo sin rodeos.

— Gracias, señor McKay.

— Ah — dijo el comerciante—, mi esposa tiene ganas de conocerles. ¿Por qué no se vienen a cenar esta noche con nosotros?

Rick consultó con la mirada a su esposa.

— Aceptamos, encantados, señor McKay — declaró Myra.

— Entonces, no se hable más. Les esperamos a las siete y media.

— Seremos puntuales — prometió Rick.

Cuando salieron a la calle, Myra se agarró con fuerza al brazo de su marido.

— Ese Morgan me hace sentirme más aprensiva cada día — manifestó.

— Por ahora, se muestra muy pacífico — dijo Rick.

— Precisamente por eso mismo. Me da la sensación de que estamos en

la calma que precede a la tempestad, ¿comprendes?

Rick frunció el ceño.

—En todo caso, si intenta algo contra nosotros, recibirá una réplica contundente y definitiva —contestó—. Más le valdrá dejamos en paz o solucionaremos los problemas pendientes de una vez para siempre.

* * *

Arrodillado en la superficie del gigantesco pedrusco, que medía más de cuatrocientos metros de grueso, por casi mil de largo y unos seiscientos de ancho,

Rick clavó la emisora automática que demarcaría nuevos límites en su propiedad espacial.

Había bastante luz en aquel sector del espacio, reflejada del colosal globo de bandas multicolores que era Neojúpiter, y que situado a unos dos millones de kilómetros, parecía ocupar enteramente el firmamento. Una vez instalada la emisora, Rick llamó por la radio a su esposa.

—Myra, acércate a marcha lenta. Procura quedarte a cien metros del asteroide, ¿entendido?

—Está bien, Rick.

El joven había llevado consigo una perforadora movida por motor eléctrico, recargable, en caso necesario, por energía solar. Sin pérdida de tiempo lo puso en marcha y empezó a cortar un fragmento en un sector del asteroide que le pareció más interesante que los demás.

Cuando terminó, la nave estaba en el lugar indicado. Rick calculó que el trozo separado, aunque no de una forma muy regular, medía unos dos metros cúbicos de volumen.

— Clavó un gancho con remolque y se elevó en el espacio. Después de un breve forcejeo, consiguió sacar el trozo de roca de su alvéolo y lo llevó a la bodega de carga, cuya escotilla estaba abierta de par en par.

Myra observaba la operación a través de una de las lucernas de la astronave.

— ¿Es interesante ese fragmento de roca? — preguntó.

— Yo diría que interesante hasta un veinticuatro por ciento, como mínimo — contestó él.

— Rick, me mareo. ¿Es que estos asteroides son de oro puro?

— Bueno, debe de tratarse de un raro fenómeno de la naturaleza. Nena, ¿sabes que tenemos ya unas veinte toneladas de cuarzo aurífero?

— ¿Cómo lo sabes, si aquí no tenemos báscula? — se extrañó ella.

— En efecto, no tenemos báscula. Las antiguas, de pesas, no servirían, porque las pesas de medida pesarían igual que la cantidad cuyo peso se quiere conocer, y en cuanto a las básculas de resorte, indicarían un peso ínfimo. Pero no olvides que yo conozco dos datos fundamentales, nena.

— ¿Cuáles son, Rick?

— La cubicación de la bodega y la densidad del cuarzo aurífero.

— No entiendo…

— La bodega tiene una cabida de cincuenta metros cúbicos. Ahora, al hallarse con la escotilla abierta en pleno espacio, no tiene aire. Pero cuando cierre la escotilla y la llene de aire a presión normal, deberé colocar cincuenta metros cúbicos de aire. Como hay carga en la bodega, es obvio que no podré completar los cincuenta metros. Por tanto, me bastará saber los metros que faltan para conocer el volumen de la roca almacenada. Y sabiendo su densidad…

— Ahora ya te entiendo — sonrió ella —. ¿Vas a entrar a tomar algo?

— Bueno — accedió él.

De pronto, Myra lanzó un agudo grito:

— ¡Rick, viene alguien!

El joven volvió la vista. Asomando por un saliente rocoso, flotando lentamente en el espacio, se acercaba una astronave de buen tamaño.

Rick frunció el ceño. La nave no tenía insignias oficiales y sí unas cifras de identificación que no decían nada.

— Espera, Myra — dijo—. Ten calma y no te asustes.

La astronave se detuvo a pocos pasos de distancia de la de Rick. Una escotilla se abrió en uno de sus costados y un grupo de hombres, evidentemente ya preparados con sus trajes de vacío, saltaron

inmediatamente al espacio.

— Creo que está ilegalmente en una propiedad que no le pertenece, capitán Hagg—dijo alguien, cuya voz resultó harto conocida para la pareja.

# CAPÍTULO XV

— ¡Morgan! — exclamó Rick.

— Yo mismo — confirmó el aludido, sonriendo a través del casco espacial—. ¿Sabe que está en propiedades que no son suyas?

— Se equivoca usted, Morgan— Contestó el joven, haciendo un esfuerzo para mantenerse sereno —. Acabo de demarcar...

— Yo había realizado antes esa operación y el asteroide me pertenece.

Rick miró fijamente a su adversario.

«Es mejor no comprometerse en una pelea», se dijo.

Morgan y sus acólitos estaban armados con pistolas cuya carga de proyección consistía en aire comprimido, pero con proyectiles normales. Bastaría el menor agujero en el traje espacial, para morir de una forma horrible.

— Muy bien, si es suyo, no le discutiré la propiedad — respondió al cabo—. Sobran asteroides...

— Aquí, no — le atajó Morgan—. He

demarcado todos los asteroides en un espacio que tiene forma cúbica y un lado de más de cien kilómetros. Por tanto, y de un modo estrictamente legal, me pertenecen diez mil kilómetros cúbicos de espacio, con todo cuanto haya o pudo haber en lo sucesivo en su interior, salvo lo demarcado anteriormente.

— No es usted modesto, Morgan.

— Se hace lo que se puede — sonrió el forajido—. ¿Sabe que su propiedad está también incluida en ese cubo de diez mil kilómetros cúbicos?

— Pero no es suya, Morgan.

— Evidentemente, no. Ahora bien, como su propiedad espacial está dentro de los límites de la mía, ¿cómo podrá entrar en ella en lo sucesivo?

Rick se mordió los labios.

— Eso es ilegal — protestó.

— ¿De veras? — rió Morgan—. Entérese de lo que dicen las leyes espaciales sobre el asunto.

— Hablaré con mi abogado...

Morgan suspiró.

— Yo también dije lo mismo una vez y perdí el pleito. ¿Lo recuerda?

— Lo perdió merecidamente. Y fue lo

menos que le podía pasar, teniendo en cuenta que ordenó el asesinato de Julio Verne.

— No hay pruebas — contestó Morgan.

— Ésa es su suerte — dijo Rick fríamente—. Pero no desisto de encontrarlas algún día.

— ¿Cree que lo conseguirá?

Rick fijó la vista en los tres sujetos que le acompañaban.

— Esos hombres están a su favor por dinero — manifestó—. Quizá sea cuestión de gastar más dinero en ellos.

— Cuidado con lo que dice, Rick — habló Morgan duramente.

— No tiene mucha confianza en ellos, ¿verdad? — sonrió el joven.

— ¡Basta! Agarre sus trastos y lárguese de aquí.

Rick permaneció inmóvil un momento. Luego dijo:

— Tengo que recoger mi emisora automática. Supongo que no se opondrá a. ello, Morgan.

El individuo sonrió.

— De ninguna manera, capitán Hagg — accedió.

Rick hizo funcionar los propulsores hacia donde había colocado la emisora de demarcación. A espaldas de los recién llegados, se abrió la escotilla de la nave, y Myra, vestida ya con traje de vacío, apareció empuñando un rifle.

El joven llegó hasta el asteroide. De pronto, Morgan le llamó por

la radio:

— ¡Capitán Hagg!

Rick se volvió. Uno de los pistoleros estaba apuntándole con el arma.

— Mire hacia aquí, Hagg — dijo Morgan —. Está en terrenos que no le pertenecen y, de acuerdo con la ley, tengo derecho a defenderme de los intrusos por todos los medios a mi alcance. ¿Comprende lo que quiero decirle?

Rick contempló fijamente la pistola que le apuntaba al cuerpo. En el mismo momento, Myra hizo fuego.

Ziri lanzó un débil grito y murió por descompresión, cuando el traje, perforado por el proyectil, perdió su atmósfera interior instantáneamente. Morgan y los otros, sorprendidos, se volvieron en el acto.

— ¡Tiren las armas o seguiré disparando! — amenazó Myra.

— No será necesario, señora Hagg — sonó en aquel instante la voz del capitán Cullican.

* * *

El color amarillo rojizo de los trajes espaciales de los policías era fácil de identificar. Cuatro o cinco hombres aparecieron flotando detrás de Cullican.

— El señor Morgan ya no hará más daño a nadie — siguió Cullican—. Está arrestado.

— ¿De qué se me acusa? — preguntó el aludido en tono altanero.

—Asesinato.

Morgan emitió una despectiva sonrisa.

—No hay pruebas — alegó.

—¿Se refiere a la muerte de Julio Verne?

—¡Naturalmente!

—Oh, pero es que yo no he venido aquí para hablar de la muerte del señor Verne. La acusación que pesa sobre usted se refiere al asesinato de Larry Phelps.

Morgan se puso pálido.

—Fue un accidente — dijo.

—Provocado por usted — acusó Cullican implacablemente—. Los restos del avión han sido desmenuzados casi microscópicamente. Hemos encontrado rastros de la bomba y de la espoleta de acción radioeléctrica. Hemos encontrado también la emisora que provocó la explosión. Es una emisora que sólo se utilizó una sola vez... pero bastó para que en el botón de disparo quedase la huella indeleble de su dedo índice.

Morgan boqueaba agónicamente. Creía que le faltaba aire.

—El comerciante que le vendió los instrumentos y el técnico que los montó han declarado también — dijo Cullican —. Por tanto, en el

asesinato de Larry Phelps, las pruebas contra usted son irrefutables.

Kellerman y Knokke se mantenían prudentemente inmóviles. De pronto, algo pareció estallar en el cerebro de Morgan.

Sus nervios se desquiciaron. Sin pensar en las posibles consecuencias, trató de sacar su pistola.

Uno de los hombres de Cullican fue más rápido. Brotó un chorro blanquecino del traje de Morgan y eso fue todo.

— Llévense a estos hombres — ordenó el capitán secamente.

Un policía remolcó los cadáveres de Morgan y Ziri. Bajo la máscara transparente del casco espacial, el rostro de Morgan presentaba un aspecto horripilante.

* * *

— Tu llegada no ha podido ser más oportuna, Davy — dijo Rick, una vez en la cámara de su astronave.

Myra puso tres botellas de plástico llenas de café. Cullican hizo una mueca.

— Nunca me ha gustado esto de tomar café a jeringazos — masculló.

— Bueno, estamos en un ambiente prácticamente sin gravedad — sonrió Rick.

Cullican apretó su botella y tomó un sorbo de café. Luego dijo:

— Nos costó bastante, pero conseguimos completar, la investigación. En vista de que

Morgan resultaba inatacable por la muerte de Verne, decidimos orientar nuestros esfuerzos hacia la de Phelps.

— No fue mala idea — calificó Rick.

— Era lo mejor — sonrió el policía.

Rick pasó el brazo por la cintura de su esposa.

— Bueno — dijo—, creo que ya se han acabado nuestras preocupaciones, cariño.

— Me parece que no — le contradijo el policía.

Rick y Myra le contemplaron extrañados.

— ¿Qué tratas de decimos, Davy? — preguntó él.

— Lo siento. No es una buena noticia.

— Hable de una vez, capitán — pidió Myra—. No nos ponga nerviosos.

Cullican se levantó y caminó hacia una de las lucernas.

— Estoy completando el chorro de aire que se escapa de Vorsov — dijo—. Precisamente sale del Hoyo del Terremoto. Allí es donde más se concentran las pérdidas, por ser la zona de menor gravedad.

Rick asintió. Aquel hilo de vapor blanquecino que había visto semanas antes era la atmósfera que se iba escapando, inexorablemente atraído por Neojúpiter.

— ¿Y bien, Davy?

Cullican se volvió hacia ellos.

— La solución está en volver a Vorsov los trozos de roca que se perdieron

— dijo.

— Eso ya lo sabemos — contestó Myra.

— Lo que ustedes ignoran es que este sector de asteroides, de donde obtienen el oro, está compuesto exclusivamente por los fragmentos de suelo que perdió Vorsov.

— ¡Demonios! — exclamó Myra.

— Y el gobierno ha aprobado una ley, confiriendo a Vorsov la propiedad exclusiva de todos los asteroides, con el objeto citado. A la ley de Interés Público se le ha agregado la palabra Espacial.

— Lo cual significa que hemos perdido nuestro yacimiento.

— Así es. Lo siento, pero la situación no admite beneficios particulares.

Rick se sentó en una silla.

— Tendré que volver a hacer de chupatintas — se lamentó.

Myra le puso una mano sobre el hombro.

— Espera un momento — dijo —. Davy, supongo que no importará la forma como se devuelven a Vorsov esos trozos de roca.

— Oh, claro que no. ¿Por qué lo dice, Myra?

— Rick, ¿cuánto tenemos en la bodega?

— Veinte toneladas, kilo más o menos

— contestó el joven desmayadamente.

— Muy bien, capitán. Mañana, el peso de Vorsov habrá aumentado en veinte toneladas más. Si luego encontramos o no oro en esas rocas, eso ya no es cuenta de la municipalidad.

Cullican se echó a reír.

— Por supuesto, Myra — contestó. Fijó los ojos en Rick y añadió —: Tienes una mujer tan guapa como inteligente, muchacho.

Rick sonrió.

— No me puedo quejar — contestó.

— ¿Cuál es el porcentaje aurífero en el cuarzo? — preguntó Cullican.

— Alrededor del veinticinco por ciento, Davy.

— No está mal. Cinco toneladas de oro te harán desarrugar el ceño.

— Será algo menos, porque hemos de contar con McKay — dijo Myra.

Se sentó en las rodillas de su esposo y le abrazó estrechamente.

— Con ese dinero, podrás montar algún negocio y no tendrás que ponerte detrás de un escritorio — aseguró.

Rick miró a su amigo.

— Lo dice ella, Davy — exclamó.

Cullican hizo un gesto de asentimiento.

— Entonces, dalo por hecho —

aseguró.

# FIN

*Próximo titulo:*

**PRISIÓN GLACIAR**

por

PETER KAPRA

¡La robótica mandaba!
Y quienes no acababan de someterse eran
enviados a la terrible prisión sideral de Suir-Da.
¡Allí ya habían cien millones de hombres condenados
cuando llegó otro reo: Sym Astron!
El fue quien intentó algo teóricamente imposible:
¡Sublevarse contra las máquinas que les
mantenian prisioneros!

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

EN LA COLECCIÓN

**CIENCIA FICCIÓN**

80. — El protector

81. — Los esclavos técnicos

82. — Botín invisible

83. — ¡Marte, espéranos!

84. — Germen de muerte

85. — Estación en las estrellas

86. — Atentado en el tiempo

87. — La tiranía de los robots

88. — Los robotropos

89. — La llave del mundo

90. — Hominización

91. — La luz viviente

92. — Hominización

# BOLSILIBROS TORAY






TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



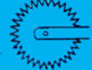
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.




SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.




SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

## GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.




## ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

**EDITORIAL AMERICA, S. A.**

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.